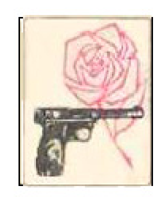


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Sol de medianoche

Yuri Yerkov, uno de los agentes rusos cuya trayectoria no le gusta a la agente Baby, ha escapado de Rusia llevándose importantes documentos. Dado que Yerkov, conocido como «el agente negro», tiene multitud de enemigos entre el resto de los servicios secretos, la MVD ha concebido un medio de que sea asesinado rápidamente y ha comunicado a todos ellos dónde se podrá encontrar al espía en los próximos días. Entre tanto, el agente negro ha pedido una entrevista con la agente Baby.



Lou Carrigan

Sol de medianoche

Brigitte en acción - 186

ePub r1.0

Titivillus 26.03.2018

Lou Carrigan, 1974
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla V Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2







EDICION CONMEMORATIVA

epublibre

“Más libros, más libres”

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Estaba tomando el sol, desnudita completamente, untada de aceite solar, cuando apareció la doncella en la terraza. Una terraza sensacional, con una pequeña piscina, grandes tiestos con palmeras enanas y flores especialmente, dada la estación, grandes hortensias de delicadas flores color rosa pálido, y que procedían de Italia, regalo de Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos.

El mejor espía masculino, porque, en femenino, no había habido, ni había, ni habría jamás mejor espía que la señorita Brigitte Montfort, alias Baby, la más audaz, astuta, inteligente y hermosa agente del mundo.

Para comprobar las tres primeras cualidades, había que enfrentarse a ella, cosa que resultaba muy poco recomendable. Para comprobar la última cualidad, la de su hermosura, sólo había que verla: con casi un metro setenta de estatura, y unas proporciones absolutamente perfectas, admirables, sugestivas, y la piel siempre dorada por el sol; con los suaves y al mismo tiempo rotundos y perfectamente definidos contornos de sus caderas, sus piernas, su busto, sus brazos; con sus largos cabellos negros y ondulados levemente; con su rostro dulce, apacible, sereno, hermoso, de labios sonrosados, orejitas menudas, mentón firme y delicado al tiempo y adornado con un delicioso hoyuelo vertical; con sus manos bellísimas, su cuello esbelto y elegante…

Y sobre todo, cuando abrió los ojos al captar sus finísimos oídos la llegada de la doncella, el color azul de aquéllos… Azul puro, azul limpio, azul cielo. Unos ojos grandes, nobles, amables, inteligentes, como llenos de luz de una belleza increíble…

—Señorita…

Ella, Baby, la espía, giró un poco, mirando hacia la salida a la terraza, donde, bajo el parasol de flores estampadas, se había

apresurado a cobijarse la muchacha.

—¿Qué hay, Peggy? —inquirió, con voz celestial.

—El señor Pitzer, señorita. Dice que desea verla urgentemente… Casi no he podido evitar que viniese aquí directamente.

Un brevísimo gesto de alarma apareció en los bellísimos ojos azules de la superespía.

—¿Trae la cara de la muerte? —musitó.

—No, no… Eso no.

—Gracias a Dios… Sí, dile que le espero. ¿Qué hora es, querida?

—Las doce y media, aproximadamente.

—Ah… ¿Quieres traernos un par de martinis, por favor?

—Sí, señorita.

La rubia y fidelísima doncella de la espía salió de la terraza. Brigitte se sentó sobre la toalla, pensativa, y de pronto pareció recordar que Charles Alan Pitzer iba a aparecer de un momento a otro en la terraza. Se levantó ágilmente, como un relámpago de belleza, dorada como el mismo sol, y se puso el cortísimo albornoz azul. Se acomodó en uno de los silloncitos de mimbre, mientras Pitzer aparecía en la terraza, mirando a todos lados.

A su vez, a Brigitte le bastó una sola mirada al rostro de Pitzer para saber que, en efecto, no traía «la cara de la muerte». Pero sí la de las prisas, la de la tensión, la del máximo interés. Lo cual significaba que Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, llegaba con el muy repetido propósito de recurrir una vez más a los servicios de la mejor agente de la CIA ¿A dónde la enviaría esta vez? ¿Alaska, Istanbul, Hong-Kong, París, Ciudad del Cabo, Antártida, Hawaii, El Cairo, Buenos Aires, Moscú, Viena…?

—Ah —la vio él—. Buenos días, Brigitte.

—Buenos días, tío Charlie. Según Peggy, que empieza a conocerle casi tan bien como yo, esta vez no viene usted porque me hayan matado a uno de mis queridísimos y nunca bastante bien amados Simones… ¿Es así?

—Es así. Por ahora, están perfectamente.

Brigitte Montfort sonrió dulcemente. De todas las buenas noticias que se le podían dar diariamente, la mejor era la de que no había novedad, en el sentido de que ningún agente de la CIA había sido asesinado en ninguna parte del mundo.

Señaló el silloncito de mimbre que tenía junto al ocupado por

ella, y Pitzer se sentó, siempre contemplando con pasmo las piernas, la espléndida belleza total de la espía. Ésta encendió un cigarrillo y, luego sus ojos se fijaron de modo especial en los de su jefe director de Sector.

—He pedido a Peggy que nos sirva unos martinis… ¿Le parece bien?

—Me parece bien…, pero no sé si usted tendrá tiempo de tomarlo: su avión sale dentro de hora y cuarto.

—¿Mi avión? Bueno, tío Charlie, francamente, con este calor no siento grandes deseos de viajar…

—No sé por qué se queja del calor, si es lo que más le gusta; además, estaba usted tostándose al sol, asándose más bien… ¿No es cierto?

—Querido mío, una cosa es asarse al sol sin hacer nada, poniéndose doradita, y otra es tomar unas maletas y salir a toda prisa hacia… ¿hacia dónde?

—Por el momento, Estocolmo.

—¡Estocolmo! ¿De veras?

—De veras. Como ve, la envío a un lugar donde no va a pasar demasiado calor.

—Es digno de agradecimiento —sonrió la divina espía—. Pero me pregunto si siento deseos de ir a Estocolmo o a cualquier otra parte. La verdad es que sólo iría a…

Se calló. De pronto, se calló. Pitzer sonrió apenas, cosa que no era precisamente frecuente en él. Sabía muy bien a dónde habría ido de buena gana en aquel mismo momento Brigitte Montfort: a Malta, a «Villa Tartaruga», cerca de La Valetta, donde vivía el jamás igualado Número Uno, el único hombre que había conseguido el amor de ella.

—Podrá ir allá, si lo desea, después de terminar este trabajo… que estoy seguro va a despertar su máximo interés.

Brigitte dio una fumada, graciosamente, mientras en su rostro aparecía un gesto de aburrimiento.

—No me diga que tengo que conseguir algún microfilme.

—Puede que haya algo de eso, entre medio. Pero su misión principal va a consistir en un asesinato.

El bellísimo rostro permaneció inmutable.

—¿Tengo que matar a alguien? —preguntó, como si se

interesara por la hora o el día que era.

—Sí. Casi con toda seguridad, sí.

—¿Y quién es el sentenciado por la CIA esta vez? Porque ya sabe, tío Charlie, que si a mí, personalmente, me parece que no merece la muerte, no hay nada que hacer.

Charles Alan Pitzer sonrió secamente.

—Yuri Yerkov —dijo.

Solamente por una milésima de segundo, apareció en el rostro de Brigitte una crispación que endureció la dulce línea de su boquita. Fue tan breve que hacía falta conocerla tan a fondo como la conocía Pitzer para vislumbrarla apenas. En aquel momento, apareció Peggy en la terraza con los martinis. Brigitte esperó a que depositase la bandeja en la mesita de cristal, y dijo:

—Peggy: salgo dentro de cinco minutos. Viaje internacional.

La doncella no precisaba muchas más explicaciones, desde luego, salvo un pequeño retalle:

—¿Frió o calor, señorita?

—Estocolmo.

—Lo prepararé todo en seguida.

La doncella se retiró a preparar el equipaje, y Brigitte bebió un sorbito de martini. Pitzer también bebió, suspirando satisfecho. Luego, miró a la espía, que tenía la mirada perdida a lo lejos, mientras fumaba. Sacó un sobre del bolsillo y lo colocó junto al martini de ella.

—Su pasaje. En cuanto a los detalles…

—No me interesan los detalles: mataré a Yuri Yerkov. ¿No es eso lo que ha venido a ordenarme?

—Yo no puedo ordenarle a usted nada, a estas alturas —refunfuñó Pitzer—. De todos modos, ya le he dicho que deberá matarle «casi con toda seguridad».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que quizá no tenga que matarle.

Brigitte miró con expresión helada a Pitzer, y movió negativamente la cabeza.

—Le mataré —aseguró.

—Creo que debería interesarse por los detalles —insistió Pitzer, en un tono que llamó la atención de Brigitte.

—Está bien —le miró atentamente—. Escucharé esos detalles.

¿Cuáles son?

—Por ejemplo: ¿no se ha preguntado cómo podemos tener la seguridad de que usted va a localizar a Yuri Yerkov en Estocolmo, o cerca de ahí?

—Si me envían allá, es porque lo han localizado, no importa como sea, tío Charlie. Iré a Estocolmo y mataré a ese asesino.

—Ya le digo que…

—No creo que nada me haga variar de opinión. Y usted ya lo sabe perfectamente. Ese espía es un puerco. Y si va a decirme que soy demasiado educada y exquisita para usar estas palabras, le diré que estoy de acuerdo. Pero no se me ocurre ninguna otra con respecto a Yuri Yerkov: puerco, puerco y puerco. Ese… esa bestia humana, al que llamamos «Agente Negro» todos los servicios de espionaje del mundo, es un puerco y un asesino. No tiene la menor noción del espionaje, no respeta nada, no tiene piedad de nada… Mata porque sí, por gusto, cuando no hay necesidad alguna de hacerlo. Todas las misiones que él ha llevado a cabo, es decir, las que conocemos nosotros, han costado vidas a la CIA o a cualquier otro servicio de espionaje que haya intervenido. Tengo noticias fidedignas de ello: mis amigos del MI5 y del Deuxiéme Bureau, entre otros, no me han escatimado esa clase de información. El día en que el «Agente Negro» se pongo a tiro, los mejores agentes de todos los servicios secretos del mundo van a salir tras él armados hasta los dientes, y lo…

—Eso es precisamente lo que ha ocurrido.

—¿Cómo dice?

—Yuri Yerkov se ha puesto a tiro. Mejor dicho, los propios rusos, los que hasta ahora han sido sus camaradas y para los cuales ha estado trabajando tan eficazmente durante estos últimos años, lo han puesto a tiro de todos los servicios secretos.

—Explíqueme mejor eso —parpadeó Brigitte, desconcertada.

—Hace un par de días, recibimos información de nuestros agentes en Europa respecto a que Yuri Yerkov había escapado de Rusia, al parecer, por Leningrado. Un agente polaco que trabaja para nosotros asegura que Yuri Yerkov ha escapado de Rusia llevándose importantes documentos. Puede ser verdad y puede ser mentira, pero lo indiscutiblemente cierto es que Yerkov ha escapado de Rusia… ¿Y sabe qué han hecho los rusos?

—¿Qué han hecho?

—Han pasado la noticia a todos los espías de Europa.

—¿Está usted bromeando?

Pitzer movió negativamente la cabeza. Sacó otro sobre de un bolsillo interior y de él una fotografía que tendió a Brigitte. Ésta la tomó, definitivamente interesada por los detalles, y contempló el rostro del hombre fotografiado. Debía tener algo más de treinta y cinco años, cabellos oscuros, ojos claros, rasgos recios y firmes en los que se plasmaba una dura mueca… Resultaba entre atractivo e impresionante.

—No me diga que es Yuri Yerkov —musitó.

—Es Yuri Yerkov. O si lo prefiere, el «Agente Negro», el asesino implacable de la MVD.

—¿De dónde hemos sacado la fotografía?

Pitzer sonrió irónicamente.

—Han aparecido por toda Europa como octavillas de propaganda electoral: a miles. Naturalmente las han lanzado los rusos… Hasta ahora, nadie había visto jamás a Yuri Yerkov. Es decir, nadie que siga con vida. No se sabía nada de él: si era viejo, joven, alto, bajo, rubio, pelirrojo… Ni la más remota idea. Y de pronto, aparecen en toda Europa miles de fotografías de él. Por ciertos canales de información, sabemos que Yuri Yerkov ha caído en desgracia en Rusia, y que estas fotografías lanzadas a miles por toda Europa, están destinadas a los agentes de la MVD repartidos en ese continente, para que, finalmente, conozcan a su compañero y le den caza. Por supuesto, era inevitable que el MI5, nosotros, y digamos que todos los demás servicios de espionaje, consiguieran algunas de estas fotografías, y escucharan los rumores de la caída en desgracia de Yuri Yerkov. Así que, inmediatamente, toda Europa está a la caza de Yuri Yerkov.

—¿No se dice nada de que Yerkov ha escapado con importantes documentos?

—Eso, solamente nos lo ha dicho a nosotros, ese agente polaco que trabaja para la CIA.

—Entonces, al parecer, la jugada de la MVD no puede estar más clara para nosotros exclusivamente: Yerkov ha escapado con documentos rusos que la MVD no quiere que trasciendan, y como saben que todos estamos deseando matar a Yerkov, ha repartido las

fotografías y ha dejado deslizar la noticia de su salida de Rusia por Leningrado, pero no ha dejado deslizar, lógicamente, que Yerkov posee documentos que pueden interesar a muchos espionajes… De este modo, lanza detrás de Yerkov a toda la jauría de Europa, incluidos los propios agentes de la MVD Objetivo: que cualquier agente secreto esté capacitado para identificar a Yuri Yerkov y, sin más, lo elimine…, sin que piensen en ningún momento en que Yerkov es una mina de información ambulante.

—Creo que esa es exactamente la idea de los rusos. Así, se aseguran de que Yerkov va a ser asesinado en breve plazo, y que nadie sentirá interés por esos documentos…, cuya existencia, por otra parte, todos ignoran…, menos nosotros, claro.

—¿Por qué tenemos que ser los privilegiados?

—No sé. Quizá ese agente polaco sea muy eficaz, y no tenemos por qué desconfiar de ello. De todos modos, yo, personalmente, me inclino a creer que hay algo de verdad en ello.

—¿Por qué?

Del mismo sobre de la fotografía, Pitzer extrajo una cuartilla doblada, que también tendió a Brigitte. Ésta la desdobló, leyó lo escrito, y sus cejas se alzaron, en gesto perplejo.

—Está escrito con la clave general europea de hace casi dos años, si no me equivoco.

—Exacto. Ese mensaje que tiene ahí, fue recibido en forma de telegrama por uno de nuestros hombres de Estocolmo que tiene allá un… pequeño negocio. Inmediatamente, el agente en cuestión nos envió copia por los conductos urgentes de máxima seguridad… ¿Quiere que se lo transcriba, o prefiere hacerlo usted misma?

—Comprobaré si mi memoria es buena —musitó Brigitte.

Pitzer le tendió un bolígrafo, y no se sorprendió lo más mínimo cuando, en pocos segundos, a una rapidez pasmosa, la espía descifró el mensaje, que decía así:

EN VISBY CON ONDA RADIAL 2055 ACEPTARÍA CONTACTO SOLO Y EXCLUSIVAMENTE CON AGENTE BABY.

YURI YERKOV

—Está loco —musitó la agente Baby—. ¡Sabe que le mataría en cuanto le viese!

Charles Alan Pitzer se puso en pie, diciendo:

—Visby es una localidad de la isla de Gotland…, en Suecia, claro. A unos cien millas al Sur de Estocolmo. Pero, sobre esto, y todo cuanto asesoramiento precise sobre Suecia, será atendida por el agente que la está esperando en Estocolmo. Es decir…, si todavía está dispuesta a ir allá.

Brigitte Montfort parpadeó. ¿Acudir a una cita con el máximo asesino del espionaje ruso? Ya una vez, hacía tiempo, se había enfrentado a otro[1] parecido, y el recuerdo la estremeció. La idea de que podía ser una trampa precisamente destinada a ella no le gustó en absoluto, pero la desechó en seguida, pensando que, con más lógica, Yuri Yerkov quizá quería vender a la CIA esos documentos sobre cuya existencia había informado el agente doble polaco. Pero esos propósitos por parte de Yuri Yerkov implicaban no poca temeridad, ya que el agente ruso tenía que saber que si algo no perdonaba jamás la agente Baby era el asesinato innecesario, el ensañamiento con los enemigos. Vencerlos, estaba bien, porque todos iban a lo mismo. Igual que en una competición deportiva: que gane el mejor… Pero una cosa era vencer, y otra cosa asesinar gratuitamente, porque sí, sin más ni más… Yuri Yerkov sabía que Baby no perdonaría este comportamiento a un espía ni siquiera aunque ese espía fuese de la mismísima CIA Y a pesar de tener que saberlo sin la menor duda, quería el contacto sólo y exclusivamente con la agente Baby.

Por fin, miró expectante a Pitzer.

—¿Qué espera o desea la CIA que yo haga cuando consiga encontrarme con el «Agente Negro»?

—Tratándose de usted, lo único que la CIA desea realmente, es que regrese —dijo Pitzer—. Lo demás, es cuenta suya.

—¿Y esos documentos que Yuri Yerkov parece tener?

—Supongo que el mundo seguirá su marcha igual aunque la CIA no disponga jamás de ellos. Pero la CIA no seguiría su marcha exactamente igual si la perdiésemos a usted.

—Vaya, tío Charlie —sonrió deliciosamente Brigitte—. ¡Por fin han aprendido ustedes la lección!

Capítulo II

Brigitte Montfort consultó una vez más su relojito y luego volvió a mirar hacia el sol, siempre maravillada del espectáculo. Eran las dos de la madrugada y, sin embargo, allá tenía al sol, grande, rojo, con una redondez increíblemente perfecta, reflejándose en el mar, después de tan sólo una hora de oscuridad relativa. Lo había estado viendo desde que el avión comenzó a acercarse a Keflavik, en su vuelo por la ruta polar. De allí, había seguido viéndolo siguiendo la línea polar que pasaba por las Islas Feroe y las Shetland, para llegar a Oslo y, finalmente, a Estocolmo, a donde según el horario, tardarían en llegar todavía más de una hora.

Pero, contemplando aquello, nadie pedía tener prisa en llegar a ninguna parte. ¿Para qué, si no podría ver nada más hermoso? El sol suave, de color naranja intenso, casi rojo, enorme, que daba su luz a la Tierra, a los humanos; un sol que tenía la bondad de mostrarse durante veintitrés horas seguidas, dejando un espacio nocturno de una sola hora, y aun de oscuridad no completa, sino matizada siempre por aquel lejano resplandor lívido, que en seguida volvía a ser rojo… ¿Se podía pedir más que tener sol durante veintitrés horas diarias? Claro que luego, como contrapartida, cuando llegaba el invierno, la cosa era al revés, apenas se veía el sol tres o cuatro horas…

Pero entonces, en aquel momento, en pleno mes de julio, allá lo tenía, dando al inmóvil mar el tono rojo de una plancha de acero al rojo vivo. Ni una nube, ni el más ligero viento rizando aquel rojo espejo líquido, con la gran bola ardiente a una distancia que parecía increíble considerando que se tenía la sensación de poder tocarlo apenas alargando la mano… Era un espectáculo tan definitivamente bello, que sobrecogía…

—El sol de medianoche —oyó a su lado, en inglés bastante deficiente—. Uno se siente mejor al contemplarlo, mucho más

bueno y noble, ¿verdad?

Brigitte volvió la cabeza, sonriendo al hombre que estaba junto a ella. Y sonrió más ampliamente al contemplar una vez más su rostro, grande, noblote, simple, rubicundo, con la nariz aplastada.

—Así es, señor Jorgensen —asintió.

—Siempre que vuelvo a Suecia durante el verano, elijo la ruta polar sólo por verlo —siguió él—. Por verlo sin interrupción, durante todo el viaje. La verdad es que estoy acostumbrado a él, pero ni así consigue aburrirme su belleza. ¿Usted ha visto alguna vez algo más hermoso, señorita Montfort?

Brigitte se permitió un par de segundos de reflexión, sin dejar de mirar a «Martillo» Jorgensen, como se había presentado él mismo a poco de iniciarse el vuelo. Así le llamaban en Estados Unidos, donde se ganaba la vida boxeando. De cuando en cuando, cuando reunía una buena cantidad, se volvía a Suecia y se pasaba allí el máximo de tiempo posible, siempre en verano, porque, según decía él, Suecia es maravillosa en verano, y estaban locos todos los suecos que se iban en esa época a países como Italia, Grecia y, especialmente, España… ¿Algo más hermoso que el sol? ¿Más hermoso que el sol…?

—No… Desde luego que no —musitó.

—Le diré una cosa —siguió el simpático púgil sueco—: yo no soy un asesino gracias al sol de medianoche.

—¿Cómo dice?

—Sí… Fue el verano pasado. Había en juego una bolsa de casi doce mil dólares, así que salí… Oh, claro, le estoy hablando de uno de mis combates… ¿La aburro?

—No, no.

—Es usted muy amable. Bueno, como le decía, en aquel combate, a principios del verano pasado, había en juego una bolsa de casi doce mil dólares, así que salí dispuesto a llevármelos, fuera como fuese, usted comprenderá… Me habían dicho que mi adversario era lo que llamamos un «hombre-roca», que lo encaja todo, absolutamente todo, y que no hay manera de derribarlo. Imagínese usted mis pensamientos cuando de esa bolsa dependía que yo viniese el verano pasado a Suecia o que me quedase en Estados Unidos boxeando todo el verano… ¿Se lo imagina?

—Más o menos —rió Brigitte.

—Pues salí dispuesto a hacerlo pedazos. Era más alto que yo y más fuerte. Pero al primer golpe que le di, en el estómago, me di cuenta de que había encontrado su punto flaco. Lo estuve castigando allí durante tres asaltos, sin parar, sin darle un respiro… Desde luego, era difícil tumbar a aquel sujeto, pero yo me iba dando cuenta de algunas cosas, mientras le golpeaba: en primer lugar, tenía más edad de lo que parecía, y sus piernas estaban ya muy flojas; en segundo lugar, había subido al *ring* en un intento desesperado de conseguir algo de dinero, sin estar debidamente entrenado… Yo lo notaba. Cada vez que uno de mis puños daba en su estómago, me daba cuenta de que los músculos abdominales no respondían, no se estiraban, no tenían fuerza. Pero lo aguantaba todo… Hasta que me dije que, para tumbarle, tenía que darle en la cara. Entonces, empecé a golpearle allí, en la barbilla, una vez, otra, otra, otra, otra… Pero no había modo de tirarle sobre la lona. Yo lo veía allí, ante mí, recibiendo el castigo, sin doblar una sola vez la rodilla, firme como una roca. Pero entonces, vi sus ojos, me fijé de modo especial en ellos de pronto, no sé por qué. Estaban velados, no veían nada, en realidad. En ellos sólo había angustia y dolor… Y comprendí que yo estaba matando a aquel hombre. Lo estaba matando de verdad. Él seguía en pie, pero yo lo estaba matando. Miré expresivamente a su cuidador, pero el hombre movió negativamente la cabeza: nada de tirar la toalla, nada de eso… Así que, puesto que así lo querían, me dispuse a seguir golpeando… Y de pronto, me acordé del sol de medianoche, y me dije que si mataba a aquel hombre, jamás podría volver a disfrutar de él —señaló por la ventanilla—. Nunca podría hacerlo, después de matar a aquel pobre hombre que no debió subir jamás conmigo al *ring*, nunca…

—¿Dejó usted perder el combate?

—No —se sobresaltó Jorgensen—. Caramba, no tanto: yo necesitaba el dinero tanto como él, pero… también necesito el sol de medianoche: Lo que hice fue dejar de pegarle, y permitir que él me pegase a mí… ¿Qué diría usted que pasó?

—No puedo adivinarlo.

—Pues todo lo que no había yo conseguido golpeándole, lo conseguí al permitir que él me golpease a mí: se extenuó más dándome golpes que recibiendo los míos. Le encajé lo que él quiso

darme, y cuando el público creía que la pelea había dado la vuelta, pasó lo que yo sabía que tenía que pasar: mi adversario, dándome golpes, se desplomó, de pronto. Aunque nadie comprendía lo que pasaba, yo gané la pelea, naturalmente, pero él estaba K. O. Lo llevaron al hospital directamente, y yo fue a verle. Un médico me dijo que si hubiese seguido golpeándole un par de asaltos más, probablemente le habría matado.

—Tuvo usted un gesto muy deportivo, señor Jorgensen… Y muy hermoso, ciertamente.

—¿Yo? —sonrió el púgil—. No exactamente… Yo quería los doce mil dólares. El gesto lo tuvo él —señaló de nuevo al sol—. Si ese hombre vive todavía y yo puedo disfrutar de la vida, lo debemos los dos al sol de medianoche.

—Es una historia muy bonita… Espero que no me haya tomado el pelo.

—No, no, por favor… ¡Claro que no! Y hablando del sol de medianoche: ¿le gustaría a usted contemplarlo desde mi stuga?

—¿Su qué?

—Mi chalet en una isla, bastante más arriba de Estocolmo.

—Oh… Pues me encantaría —rió la divina espía—. Pero voy a estar muy ocupada en Estocolmo, señor Jorgensen.

El boxeador sonrió casi infantilmente.

—¿Tiene usted algo contra el amor?

—Por el contrario —volvió a reír Brigitte—. Precisamente por eso amo a un hombre. Y sólo a un hombre.

—¿La está esperando en Estocolmo?

—Sí, claro —mintió la espía.

—Vaya… Esta vez, el sol de medianoche no me ha dado mucha suerte. Pero —sonrió— al menos, nada puede impedirme que lo contemple en su compañía, ¿verdad?

—¿No le parece demasiado íntimo contemplar el sol, señor Jorgensen?

El boxeador sueco quedó estupefacto. De pronto, captó el brillo irónico en los ojos de su compañera de asiento, y se echó a reír.

—Me ha dejado usted K. O. —exclamó—. Pero de verdad: siento que este viaje termine, porque perderé su compañía.

—Pero no mi simpatía, señor Jorgensen. Ojalá hubiese muchos hombres como usted…, y muchos soles de medianoche.

* * *

Finalmente, el avión tomó tierra en Arlanda, el aeropuerto internacional de Estocolmo, a veinte millas de la capital sueca.

Y en el vestíbulo de espera de los vuelos internacionales, «Martillo» Jorgensen pudo comprobar que la señorita Montfort no le había mentido: la estaba esperando un hombre. El púgil le contempló críticamente: alto, cabellos claros, ojos inteligentes, atlético, joven… Desde luego, no era nada especial, podía tumbarle de un par de golpes, pero tampoco estaba mal. Y si ella le había elegido, pues bien estaba la cosa. Lo mejor era ocuparse de sus asuntos.

Mientras tanto, la señorita Montfort se ocupaba de los suyos, besando en los labios al sorprendido Simón de turno. Estaba allí esperando a la más bella pasajera del mundo, según le habían comunicado, pero de acuerdo a lo establecido, era él quien tenía que acercarse a ella y preguntarle la contraseña. En cambio…

—Es que me está mirando un sueco —rió la divina—. Uno que quería llevarme a un chalet. Oh, espero no haberme equivocado con usted, señor… señor…

El estupefacto espía masculló:

—¿Viaje de placer, señorita?

—No —volvió a reír ella—: viaje de asesinato. Vamos, no ponga esa cara: el sueco va a pensar que usted no es mi amor.

—¿Su qué?

—Mi único amor. ¿Cómo están las cosas?

—Llenas de espías por todas partes.

—¿Hay muchos en Estocolmo?

—¿Muchos? Bueno, me pregunto si alguien en Estocolmo no es espía, estos días. Tiene usted para escoger a su gusto, de todas las nacionalidades, tamaños, color de ojos, forma de vestir… Pero no está ocurriendo esto sólo en Estocolmo, sino prácticamente en toda Europa. De todos modos, la concentración mayor está aquí, hacia el Norte, ya que se sabe que Yuri Yerkov escapó por Leningrado.

Brigitte asintió con la cabeza.

—¿Me ha buscado alojamiento, Simón?

—No. Quise esperar a ver cuál sería su plan de acción. Si se propone marchar inmediatamente hacia la Isla Gotland…, ¿para

qué buscarle alojamiento en Estocolmo?

—He aquí un muchacho ahorrador…

—Oh, no lo hago por eso… Hay alojamientos baratos en Suecia, desde los hoteles de verano, moteles, motormoteles, autopensiones… El Svenska Turistforeningen puede proporcionarnos también Vandrarhem…

—Simón, hablo varios idiomas, pero el sueco no está entre ellos. Traduzca, por favor.

—Bueno, me refería a que el Club de Turismo Sueco puede proporcionarle alojamiento a precios módicos… Tonterías: es claro que le voy a buscar un hotel de lujo, si lo desea. Pero si vamos a partir hacia Gotland…

—Lo decidiremos pronto. ¿Le molestaría ir a recoger mi equipaje? Luego, en su coche, charlaremos.

—Con mucho gusto. Dígame una cosa —vaciló—. Le vamos a matar, ¿verdad?

—No lo sé, por el momento.

—¿No lo sabe? —Se endureció el rostro de Simón—. Bueno ese maldito cerdo no creo que merezca otra cosa. Por si lo ha olvidado, no hace ni un mes que…

—Yo nunca olvido nada. Y usted se está olvidando de mi equipaje.

Simón apretó los labios y se marchó con la contraseña, dejando a Baby pensando que había sido demasiado duro con él. A fin de cuentas, si Europa entera estaba a la caza del «Agente Negro», era porque nadie lo merecía más que él. De una cosa no había la menor duda: en cuanto asomase la nariz de su escondrijo, docenas de espías iban a caer sobre él dispuestos a hacerle pedazos. No era envidiable su situación, desde luego…

Simón regresó con el equipaje, y todavía mohíno, fueron ambos hacia el coche. Ya en el vehículo, Brigitte le miró y sonrió.

—No se enfade conmigo, Simón. Soy la primera en desear la muerte de Yuri Yerkov, pero haremos las cosas con inteligencia… ¿Sabía usted que Yerkov ha escapado de Rusia con ciertos documentos muy importantes?

—¿Cómo? —exclamó Simón.

—Usted sólo sabe que quiere contacto conmigo, ¿verdad? Pues, además, está ese asunto de los documentos, que, al parecer, sólo

sabemos los de la CIA.

—Al diablo los documentos, sean los que sean. Voy a decirle una cosa, Baby: si realmente logra el contacto personal con Yerkov, no se deje ver con él, porque todos los espías de Europa dispararán al bulto, sin importarle quién caiga con tal de hacer trizas a ese ruso. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo, y ya había pensado en ello —Simón asintió con la cabeza, y puso el coche en marcha, saliendo del estacionamiento —. Supongo que ha pensado en el medio de desplazarnos rápidamente a Gotland.

—Lo haremos desde Estocolmo. Tengo una lancha en Estocolmo… Supongo que sabe usted que la llaman «La Venecia del Norte».

—Sólo hay una Venecia —murmuró Baby—. Y allí, se muere dulcemente… ¿Cómo se muere aquí?

El agente de la CIA le dirigió una rápida mirada de desconcierto.

—Supongo —replicó— que se muere igual en todas partes…

Brigitte negó con la cabeza, pero no insistió. Era mejor no dedicarse ahora a los recuerdos[2], sino a las realidades, al presente. Y tras unos segundos de reflexiones sobre el presente, volvió a negar con la cabeza.

—No iremos con su lancha, Simón. Sería demasiado vistoso. Supongo que hay vapores de líneas regulares entre Estocolmo y Gotland.

—Naturalmente. Podemos tomar un ferrycar… ¿O tampoco quiere que llevemos el coche?

—Eso sí, porque supongo que es más corriente. Oiga —le miró de pronto alarmada—. No será usted el agente que tiene un negocio aquí, el que recibió el telegramas cifrado firmado por Yuri Yerkov, ¿verdad?

—Claro que no. En cuanto nuestro compañero comprendió que Yerkov sabía quién era él y dónde estaba, puso el cartelito de vacaciones y se esfumó de Estocolmo… Hace falta estar loco para querer tratos con Yerkov. Bueno, perdone, lo que quería decir…

—No se preocupe —sonrió Brigitte—. Hasta yo misma pienso que debo estar loca para aceptar ese contacto.

—Ya sé que no tendrá en cuenta mi opinión, pero insistiré en ella: no hay ningún documento que valga la pena de correr el riesgo

de tratar con ese cerdo.

—Lo sé. Pero de momento sólo será por radio… ¿Tenemos alguna con la onda 2055 ya preparada?

—Desde luego.

—¿De cuántos compañeros disponemos aquí?

—Veintiuno.

—¿Tantos?

—Yo dirijo Estocolmo, así que sé muy bien cuántos hombres hay aquí en estos momentos. Es decir, dirigía Estocolmo…, hasta que usted ha llegado.

Brigitte se limitó a sonreír amistosamente.

—¿Se han interesado por la Isla Gotland? —preguntó tras unos segundos de silencio.

—Es claro. La tenemos bien controlada.

—¿Hay en esa isla agentes de otros servicios secretos?

—Menos que en las grandes ciudades, pero hay algunos, sin duda.

—¿Alguno de ellos ruso?

—Los rusos son los que más abundan, y los que están más en todas partes. A veces pienso que media Rusia ha salido detrás de Yerkov. Tengo noticias de que están a puñados en Helsinki, en Hamburgo, en Oslo, en Copenhague… En todas partes, vamos. Si es verdad eso de que el cerdo se ha largado con unos documentos, se me ponen los pelos de punta al pensar en el contenido de esos papeles. Bien…, ¿qué hacemos? ¿Le busco alojamiento? ¿Salimos hacia Gotland? ¿Se viene a mi apartamento…?

—¿Cuánto tardaríamos en salir hacia Gotland?

Simón consultó su reloj, calculó…

—Dos horas y media. Sale uno a las ocho de la mañana… Aunque aquí no es fácil saber cuándo es la mañana y cuándo la noche, con ese sol siempre colgado ahí delante… Al principio de estar por estas latitudes me volvía loco.

—¿Y ahora?

—A todo se acostumbra uno —encogió los hombros Simón—. De todos modos, tengo que admitir que el sol de medianoche, aunque un poco cargante, es bonito. Bueno, ¿qué hacernos?

Brigitte estaba mirando hacia el sol, que ya no se veía rojo anaranjado, sino amarillento, como desvaído, más alto, pero en

modo alguno lo suficiente para dar la sensación de verano y, desde luego, ni muchísimo menos tan hermoso como el sol de medianoche… Suspiró, resignada, y dijo:

—Tomaremos ese vapor de las ocho de la mañana. Mientras tanto, me quedaré en este coche: prescindiremos de los hoteles, por ahora.

—*Okay*… Si quiere, mientras yo me ocupo de los pasajes, usted puede darse una vuelta por Estocolmo con el coche. Esta es una buena hora para pasear con tranquilidad…

—No es mala idea —sonrió desganadamente la espía—, pero si puede dejar el coche en un lugar discreto, prefiero echar un sueñecito en el asiento de atrás.

—¿Se va a poner a dormir a las cuatro y media de la madrugada? —se asombró.

—Cualquier hora es buena para cargar las baterías del sueño —sonrió Brigitte—. Por otra parte, usted está olvidando que en casa serían ahora calculo que las doce de la noche; es decir, la hora en que una persona corriente suele estar durmiendo.

El hombre de la CIA se mordió los labios. Cierto, lo había olvidado: debido al cambio de horarios, y del vuelo desde el Oeste al Este, Baby se iba a pasar prácticamente en blanco toda una ración de sueño. Pedir dos horas de descanso, no era, ciertamente, demasiado.

—Buscaré ese lugar tranquilo —murmuró.

* * *

La contempló, dormida en el asiento de atrás. Parecía una dulce niña, tan profundamente dormida que casi le dio pena tener que despertarla… Abrió la portezuela, dispuesto a moverla por un hombro suavemente…, y la mano derecha de Baby apareció de pronto, colocando la pistolita que empuñaba delante de sus narices. Pero ella sonrió en seguida.

—Es usted… ¿Ha conseguido los pasajes?

—Sí —tragó saliva Simón—. Sí, claro.

—Vamos allá.

Simón se sentó ante el volante y miró hacia el asiento de atrás por el retrovisor. Baby había abierto el maletín rojo con florecillas

azules que había llevado personalmente en todo momento, y estaba sacando cosas de él. La primera cosa, fue una peluca. Luego, el boquiabierto espía fue contemplando con rápidas miradas al retrovisor la veloz transformación de aquella muchacha de largos cabellos negros y ojos azules, elegante y juvenil…

Cuando llegaron al muelle donde tenían que tomar el vapor que les llevaría a Visby, en Gotland, la mujer que se apeó del coche de Simón parecía tener unos cuarenta años, era rubia, más bien carente de elegancia, usaba lentes y, desde luego, no tenía el menor parecido con la angelical agente Baby.

Capítulo III

Poco después de la una de la tarde, llegaron a Visby, sin novedad. Un viaje aburrido, que Baby aprovechó para seguir descansando, mientras Simón se dedicaba a fumar y a pensar, sentado en cubierta junto a ella, en una de las tumbonas blancas. No tuvo que despertarla para desembarcar, porque la espía parecía dormir con sorprendente sincronismo. Bajaron a la cochera, entraron en el coche de Simón, y esperaron pacientemente su turno de salida.

Debía ser la una y media cuando el coche rodaba ya por las calles de Visby. Baby contemplaba las casas, bajas, bellamente pintadas, con tejados de pizarra, tan puntiagudos. Al menos, parecía dedicarse exclusivamente a esa contemplación, hasta que, finalmente, dijo, volviéndose con discreción una vez más:

—Nos está siguiendo un coche, Simón.

—Lo sé. Son los nuestros. Les avisé de nuestra llegada.

La espía asintió con la cabeza, abrió el maletín, y sacó la radio de bolsillo, ya colocada en la onda sueca. Apretó el botoncito de llamada.

—¿Qué hay? —Oyó en seguida una voz gruñona, casi irritada.

—¿Cómo están mis niños? —sonrió Baby.

—Queremos hablar con Simón, no con usted —le replicaron adustamente.

Ella alzó las cejas y acercó la radio bajo la barbilla de Simón, que gruñó:

—¿Qué os pasa?

—Oye tú: ¿no nos dijiste esta mañana que ella era una preciosidad?

—Se ha disfrazado —volvió a gruñir Simón—. Y aunque fuese así de fea, no tenías por qué ser descortés con ella.

—Pensé que algo había ocurrido, y que esa mujer no era la Baby que nos habías descrito. Puede que haya sido un poco estúpido,

pero tal como están las cosas, no me fío ni de mi sombra.

Baby tomó de nuevo la palabra.

—Y hace usted muy bien, Simón —aprobó.

—Perdóneme, pero…

—No se preocupe. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Pues… regular. Desde luego, hay agentes de otros servicios, se lo aseguro.

—¿Incluidos los rusos?

—Esos están en todas partes. Aunque me da la impresión de que aquí están un poco desorientados. En esta isla, el más activo es un sujeto… grotesco.

—¿Grotesco?

—Bueno, es bajito, gordito…, casi redondo, diría yo. No para de moverse de un lado a otro. Yo diría que es el más tonto de todos los espías reunidos en Gotland. Aunque, claro, no hay que fiarse de las apariencias.

—¿Qué nacionalidad le supone usted? ¿Ruso?

—¡No, por Dios…! Por su aspecto, yo diría que es un francés acostumbrado a la buena mesa, especialista en quesos y pasteles. Por sus ropas, juraría que es inglés. Tiene que ser del MI5 o del SDECE, y le apuesto lo que quiera a que es solamente un perro de caza menor… Digamos de los que se dedican a levantar la caza.

—Entiendo. Bueno, los ingleses o los franceses, saben de espionaje tanto como nosotros, diría yo. Seguramente, han puesto al caballero gordito bien a la vista para que otros agentes más importantes, en la sombra, puedan aprovecharse de la caza que él consiga levantar. ¿Está de acuerdo con esto?

—Completamente. Los que no me gustan, son los alemanes. Salvo errores de apreciación, hemos identificado a dos. Desde luego, todos estamos aquí rebosantes de odio, y los que cacemos a Yuri Yerkov nos vamos a cebar en él como si fuese una ballena muerta en medio de una manada de tiburones… Pero los alemanes parecen dispuestos a matarle a mordiscos. Entre unos y otros, le estamos controlando todo con cerco insalvable. Por si se le ha ocurrido la idea de salir de Gotland en una lancha privada, o en helicóptero, o cualquier otro tipo de locomoción privada, olvídelo.

—¿Por qué?

—Si sale en lancha, una docena de lanchas saldrán detrás de

usted. Y si se le ocurriese la «buena» idea de intentar salir con Yerkov en helicóptero o en avioneta, en el supuesto de que encontrase algún aparato de éstos, no llegaría usted muy lejos: antes de cinco minutos, un enjambre de helicópteros o de avionetas armadas la destrozarían a usted y a ese maldito cerdo. Eso, en el supuesto de que todo esto de la llamaba a Visby, no sea una trampa estúpida o algo parecido. Nuestro compañero, el que está con usted, nos dijo al llamarnos que el «Agente Negro» dispone de unos documentos que, lógicamente, deben ser muy importantes para los rusos… Bueno: no valen nada comparados con el placer de eliminar a ese…

Dijo la palabra con toda claridad y, en seguida, se disculpó. Brigitte se limitó a sonreír. Desde luego, no podía dudarse que Yuri Yerkov, como jamás otro espía, se había ganado el odio de todos sus colegas del mundo.

—¿Llevan ustedes la radio con onda 2055 en el coche?

—Sí.

—De acuerdo. Asegúrense de que no los están siguiendo, pásennos a Simón y a mí, y cuando encuentren un lugar adecuado para detenernos, haremos esa llamada a Yuri Yerkov.

—Está bien.

Medio minuto después, el coche en el que iban los otros dos Simones, los adelantaba, y Baby miró a su acompañante.

—¿Cuántos somos en total en la isla, concretamente en Visby? —preguntó.

—Contándonos a nosotros, siete.

Ella asintió. No dijo nada más. Muy poco después, el coche que les precedía, se detenía, desde luego fuera de Visby, a la sombra de unos abetos. Hacía un día claro, pero el sol, comparado con el de los trópicos, que era el que le gustaba a la espía, parecía lánguido, pálido… Un sol que todavía duraría horas y horas.

Se apearon los cuatro, y los dos Simones fueron al encuentro de Baby, quien les estrechó la mano, sonriendo, mientras ellos la miraban con curiosidad y decepción, debida ésta a no poder verla al natural. La radio estaba en el coche, en el portamaletas, perfectamente instalada, potentes las baterías.

—¿Han llamado ustedes alguna vez a Yerkov?

—Claro que no.

—Está bien. Asegúrense de que nadie está lo bastante cerca de nosotros para… espiarnos.

Se echó a reír, y los Simones sonrieron, aunque no de muy buena gana, alejándose, mientras ella comenzaba a manipular en la radio. Durante cinco minutos, dirigiéndole frecuentes miradas, la vieron conversar, impávida, fría, sin alterarse en ningún momento. No podían oírla, pero estaba claro que debía estar hablando en ruso. De cuando en cuando, cambiaban miradas entre ellos; miradas que expresaban toda la preocupación que sentían ante la posibilidad de determinado acuerdo entre su Baby y el maldito asesino Yerkov.

Sus temores habían sido fundados. Y completamente pálidos, sin el menor vestigio de sonrisa ahora, escucharon las palabras de ella cuando, tras terminar el contacto con Yerkov, les hizo señas de que se acercaran.

—Hemos concertado una cita: Yerkov me está esperando.

—No vaya —jadeó Simón I—. ¡Por lo que más quiera, Baby, no se acerque a ése como no sea para matarlo a sangre fría, sin darle la menor oportunidad…!

—Quizá sea eso lo que ella quiere —sugirió esperanzado otro de los Simones.

—No —movió ella negativamente la cabeza—. No es eso lo que quiero, por el momento. Primero, hablaré con él. ¿Sabían ustedes que está herido?

—¡Qué va a estar herido ése! —volvió a decir la misma palabra de antes el mismo Simón.

—Tendré que castigarle a lavarse la boca con jabón —le amenazó Brigitte con un dedito—. Esas cosas no se dicen, Simón. Y además, quizá no esté casado, así que no podría ser eso que usted dice.

—Nosotros no tenemos ganas de bromas —masculló el agente de la CIA—. Pero, según parece, usted sí. Lo cual, a mi modo de ver, significa que está olvidando con quién trata.

—¿Dónde está Yerkov? —preguntó el tercer Simón.

—En una pequeña barca de pesca, cuyo nombre es *Botnia*.

—¿En el muelle? —Se pasmó Simón I.

—Desde luego.

Durante unos segundos, los tres espías quedaron silenciosos, contemplando incrédulamente a Baby. Por fin, Simón III soltó un

bufido.

—Bueno —exclamó—. Al menos, no se le puede acusar de falta de agallas.

—Si es verdad que está ahí —deslizó Simón I—, debe llevar más de cuatro días sin moverse, encerrado como una rata. Vaya —se frotó las manos jubilosamente—, ¡me alegro!

—¿Está solo? —preguntó Simón II.

—Sí. Tenía esa barca cerca de Leningrado, con nombre ruso, que luego cambió. Y está huyendo, herido, desde Leningrado.

—Me alegro —repitió Simón I.

—¿Qué clase de herida? —preguntó Simón III.

—En una pierna y en un costado. Bien —Baby quedó pensativa unos segundos—. Tendremos que empezar a pensar en el modo de sacarle de ahí.

Los tres hombres de la CIA se quedaron mirándola estupefactos.

—¿Sacarle de ahí? —Casi gritó por fin Simón I—. ¡Ahora sí que está usted bromeando!

—¿Por qué piensa eso? —Frunció el ceño la divina.

—Pero…, ¿cómo demonios espera sacar a ese tipo de una barca de pesca que está en el muelle? ¡Allí es donde está montada la máxima vigilancia! Hay agentes ingleses, franceses, alemanes, italianos, polacos…, ¡rusos! Identificarían a Yerkov en cuanto le echasen la vista encima. Y los harían pedazos a los dos, a usted y a él.

—Pues hay que intentarlo —murmuró ella—, porque esos documentos que nos interesan, no los tiene Yerkov encima: los envió a nombre de Torsten Boholm, que ha utilizado en algunas ocasiones, a Estocolmo, a un hotel.

Los tres espías estaban de nuevo pálidos.

—¿Pretende llegar a Estocolmo con Yuri Yerkov? —preguntó con voz aguda Simón I.

—Esa es mi intención.

—No lo conseguirá jamás… ¡Jamás! —clamó Simón III—. Vamos Baby, sea razonable, todo tiene un límite… Ni siquiera usted podrá…

—Usted mismo servirá —le miraba ella críticamente—. Vaya a cortarse el cabello. No demasiado corto.

—¿Cómo dice?

—Que vaya a una barbería, mi querido Simón, y que se haga cortar el cabello no demasiado corto. ¿Cree que habrá alguna barbería en Visby?

—Pu-pu-pues claro… Claro, pero…

—Eso es todo, por ahora. Llámenos por su radio de bolsillo cuando esté listo. Usted, Simón —señaló a Simón II—, entérese de dónde está exactamente la barca *Botnia*. Luego…

Capítulo IV

El coche se detuvo en un punto del muelle de pescadores hacia las ocho de la tarde. Primero se apeó la poco agraciada rubia de los lentes; luego, se apeó el hombre que la acompañaba, impecable con su cabello recién cortado. Detrás de este coche, bastante cerca, se detuvo otro, ocupado por cinco hombres. Dos de ellos se apearon, fueron al coche recién desocupado por la rubia y su acompañante, subieron a él y se alejaron. En el otro coche, los tres hombres que habían quedado allí, partieron detrás.

Para un observador normal, aquello tenía poca importancia, por no decir ninguna. Para los observadores no normales, que, desde luego, lo presenciaron todo, la maniobra de «los tipos de la CIA» fue desconcertante en principio. Por supuesto, los de la CIA estaban tramando algo, pero…, ¿qué podía ser?

Mientras los dos coches se alejaban del muelle, docenas de ojos estaban fijos en la rubia y su acompañante. Ella llevaba un maletín negro y él una maleta. Se dirigieron sin vacilar hacia el borde del muelle, miraron a derecha e izquierda y, luego, el de la CIA y su rubia acompañante de los lentes, fueron directos hacia una de las pequeñas barcas amarradas allí. El nombre de la barca no pasó desapercibido para nadie: *Botnia*.

Y mientras las radios de bolsillo comenzaban a funcionar, algunos coches se ponían en marcha, eran ocupadas algunas lanchas y muchos hombres discretísimos iban de un lado a otro; la pareja de la CIA abordaba, finalmente, la barca *Botnia*. El hombre se fue directo a los mandos y la mujer, tomando también la maleta, descendía a la pequeña cámara, al parecer ajena a todo lo que la rodeaba.

Cuando la barca partió, el aviso recorrió en pocos segundos toda la isla. Fueron movilizados coches y lanchas. Ni un solo hombre permaneció indiferente a la maniobra de los agentes de la CIA.

Así, pues, cuando la barca *Botnia* partió hacia el Sur, se la podía considerar una especie de liebre completamente rodeada y acosada por podencos. Podencos cazadores que estaban expectantes, esperanzados: si la CIA se desplazaba hacia el Sur, tenía que ser por algo.

En el interior de la barca *Botnia*, mientras tanto, la rubia agente de la CIA, pistola en mano, miraba el pequeño compartimiento donde había dos literas bajadas, un armario pegado a la pared y, ciertamente, un intenso olor a pescado. Solamente eso. Con seca sonrisa, se acercó al armario, asió el pomo y tiró de la puertecilla derecha, que no se movió.

—Voy a disparar contra el armario —dijo Baby—, y luego abandonaré la barca de inmediato. Si está ahí dentro, recapacite sobre esto, Yerkov. Tiene cinco segundos.

No hubo respuesta.

Y de nuevo, Baby pensó en la posibilidad de que aquello fuese una trampa contra ella. Cierto: había hablado con un hombre que dijo ser Yuri Yerkov y estar en la barca *Botnia*. Habían convenido que si ella quería los documentos, tendrían que llegar a Estocolmo. Al parecer, uno se había fiado del otro, al menos, mientras la conveniencia de aquella *entente cordiale* fuese mutua.

Pero…, ¿y si Yerkov no estaba allí? ¿Y si allí, en la barca, solamente había una poderosa carga de explosivos que alguien estaba a punto de hacer estallar en aquel momento?

Unas finas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Baby; brotaron de pronto, en el segundo escaso en que estos pensamientos estallaban en su mente. Su voz sonó ronca:

—Tres… Cuat…

Las dos puertecillas se abrieron de pronto, empujadas flojamente. Baby saltó hacia su izquierda, sobresaltada, y casi estuvo a punto de apretar el gatillo… Pero no era necesario. Lo que vio, al leve resplandor del pálido sol que entraba por la portilla la estremeció.

En aquel momento, no se acordó de que aquel hombre era Yuri Yerkov, el «Agente Negro» de la MVD, el espía que más asesinatos había cometido en una profesión en la que básicamente era la inteligencia la mejor arma. No pensó que Yuri Yerkov había matado agentes secretos de todos los servicios de espionaje, ni pensó en que

lo que ella deseaba realmente al emprender aquella misión era matarlo.

No podía pensar nada de esto viendo a aquel hombre demacrado, con barba de varios días, relucientes los ojos, brillante la frente de sudor, crispada la boca en un gesto de insoportable dolor…

La voz de él fue más bien un quejido, un jadeo ronco, la expresión de las últimas fuerzas de un hombre.

—Sáqueme de aquí… No puedo moverme…

Estaba encogido, como en forma de cuatro y retorcido allí dentro, en aquel pequeño espacio, con las manos a la vista. Era increíble que un hombre de su estatura hubiese podido meterse allí dentro. Increíble a no ser por el deseo de vivir, por la desconfianza hacia todo y hacia todos.

Por fin, ella se acercó, tomó sus manos y tiró de ellas.

—Apóyese en mis hombros —susurró.

Notó las manos de él, como inertes, en sus hombros, y pasó las suyas bajo los sobacos de Yerkov, tirando de él, sosteniéndolo. Cuando lo sacó, tuvo que sostenerlo a peso, porque el ruso no podía aguantarse de pie. Lo llevó arrastrándolo hacia las literas, y lo colocó en la inferior. Yuri Yerkov se quedó inmóvil, respirando lentamente, suspirando más bien, cerrados los ojos. Baby vio su pierna izquierda convertida en una costra de sangre desde debajo mismo de la rodilla hasta el pie; el costado derecho estaba en las mismas condiciones. Hacía falta un corazón muy duro para no sentir piedad en aquel momento por Yuri Yerkov.

—Cuando hablé con usted por la radio no me dio la impresión de que estuviese tan mal —susurró.

Él abrió los ojos y la contempló, fatigado, pero con un evidente destello de curiosidad, de interés.

—No quise revelar lo mal que me encuentro… Casi me desmayé después de hablar con usted… ¿Realmente es Baby?

—Desde luego.

Algo parecido a la decepción quedó expresado en los ojos de Yuri Yerkov.

—Pensaba que era… diferente —hablaban ambos en ruso—. Pero supongo que no importa. ¿Cree que podrá sacarme de esta situación? ¿Podremos llegar a Estocolmo?

—Lo vamos a intentar, pero su estado está desmoronando todos mis planes para conseguirlo: confiaba en que pese a sus heridas, estuviese en mejores condiciones físicas. Y eso creía después de haber hablado con usted. ¿Dónde tiene la radio?

Yuri Yerkov señaló hacia el armario. Ella alzó las cejas, fue allí y, en efecto, no vio nada. Golpeó con los nudillos en el fondo del armario y percibió el sonido a hueco. Fue de lo más fácil alzar un par de tablas y ver allí la radio, perfectamente camuflada. Asintió con la cabeza y regresó junto a Yerkov.

—Debo deducir que tenía usted preparada hace tiempo esta huida de Rusia, Yerkov. ¿Por qué?

—No creo… que deba darle esa clase de explicaciones. Nuestro trato se ciñe a mutua conveniencia, nada más; lléveme a Estocolmo, ayúdeme a escapar del cerco, y yo pagaré a la C I. A. con los documentos de que le hablé antes.

—Muy bien —dijo fríamente ella—. Nos ceñiremos a eso… ¿Qué documentos son esos? ¿Cuál es su contenido?

—Lo sabrá cuando los vea.

—Está poniendo las cosas un poco difíciles. Yerkov. Yo tengo que hacerle varias preguntas, compréndalo.

—Contestaré las que me parezca conveniente. Ésta no me lo parece… ¿Quién gobierna la barca?

—Un agente de la CIA, por supuesto.

Un destello irónico apareció en los apagados ojos de él.

—¿Un Simón?

—Sí —replicó Baby—: un Simón. Y ya que hablamos de ello, de los Simones, dígame: ¿cómo, por qué medio, consiguió usted la dirección del Simón de Estocolmo al cual dirigió el telegrama?

—Oh, vamos… No me diga que usted no conoce a ningún agente de la MVD, Baby.

—De acuerdo. Dígame entonces, de dónde sacó la información respecto a la clave general de la CIA en Europa hace dos años, y con la cual se dirigió usted a Simón-Estocolmo.

—¿Puede decirme por qué la desecharon ustedes?

—Porque teníamos la certidumbre de que ya no era ningún secreto.

—En tal caso, ¿por qué se sorprende de que yo, un agente ruso, esté en conocimiento de esa clave?

La divina espía sonrió imperceptiblemente.

—Otra vez de acuerdo, Yerkov. Está bien, usted sabía todo eso, pidió contacto por medio de la 2055, lo consiguió, ha conseguido también que sea Baby quien acuda a ayudarle… Muy bien. Aún me quedan dos preguntas, y nos ocuparemos de lo que realmente interesa para llegar a Estocolmo. Pregunta: si está usted herido, y por lo que veo, en malas condiciones, ¿cómo pudo salir de aquí y enviar el telegrama a Simón-Estocolmo? Porque tuvo que llegarse a Visby a pie, ¿no es así? Tuvo que salir de la barca, caminar, llegar a una oficina de telégrafos, hablar con gente… ¿Cómo pudo conseguirlo?

—Cuando envié el telegrama, estaba en mejores condiciones que ahora. Mientras escapaba hacia aquí, pensé en recurrir a la CIA para que me ayudase, puesto que dispongo de material que estoy seguro les interesará. Así que apenas llegar a Visby, puse el telegrama. Luego, sabiendo que me estaban buscando, ya no salí de la barca.

—¿No ha comido en estos días?

—Oh, sí… Ya le digo que tenía preparada la huida. No me han faltado víveres ni bebida. En lo que no pensé fue en la posibilidad de ser herido, así que no he podido hacerme ninguna cura adecuada en mis heridas. Cuando llegué de poner el telegrama, con la pierna envuelta en pedazos de manta por debajo del pantalón, comprendí mi error, pero ya era tarde. Supongo que ha traído usted algo para curarme decentemente.

—He traído todo lo que vamos a necesitar. Pregunta: ¿por qué recurrir al contacto conmigo? ¿Por qué precisamente conmigo?

—Todavía no acabo de creerme que usted sea Baby. Los rumores que corren respecto a su… belleza, son bien diferentes a lo que yo estoy viendo.

—Conteste a mi pregunta, ya se decidirá más adelante si yo soy la auténtica Baby o una de sus dobles. ¿Por qué conmigo el contacto? ¿Por qué sólo y exclusivamente conmigo?

Yuri Yerkov la miró vacilante, pero acabó por parpadear con gesto de asentimiento.

—En mi huida, llegué a Helsinki, que era mi objetivo… Desde allí, pensaba tomar un avión hacia el sur de Europa, mezclado con algunos turistas. Un amigo me estaba esperando allí y, apenas verme, me dijo que todo estaba lleno de agentes de la MVD, que

habían sido puestos todos en pie de guerra. Me enseñó un par de las fotografías que habían repartido, y comprendí su jugada. Tal como estaban las cosas en Helsinki, mi amigo no podía ayudarme en nada, salvo diciéndome que si permanecía una sola hora en Helsinki me iban a encontrar, y que la orden era matarme de inmediato… Así que seguí viaje hacia Suecia. Por supuesto, mi objetivo era Estocolmo, pero comprendí que estaría todavía más vigilado que Helsinki, ya que habían tenido más tiempo para organizar el cerco… Así que, siguiendo la ruta marítima Helsinki-Hamburgo, decidí regresar al continente. Pero mientras navegaba, comprendí que los lugares más importantes serían los más vigilados, y que yo solo, sin ayuda, no saldría jamás del Báltico. Imposible recurrir a mis amigos… Así que tuve la idea: ¿por qué no recurrir a mis enemigos, puesto que, a fin de cuentas, tenía algo que ofrecerles a cambio de su ayuda? Cuando me decidí por esta solución, estaba a la altura de Gotland; sólo tuve que variar el rumbo para llegar a la costa Oeste y, apenas llegar a Visby, envié el telegrama al agente de la CIA que hace tiempo conocía.

—¿Y cómo no lo ha matado hace tiempo, Yerkov?

—¿A Simón-Estocolmo, como le llama usted?

—Claro. ¿Por qué no le mató?

—¿Y por qué había de matarle? —Frunció el ceño Yerkov.

También Baby frunció el ceño, y se quedó contemplando con helada fijeza al ruso, que hablaba de que tenía «amigos», cosa poco probable en un hombre de su catadura moral, en un asesino que nadie podía querer. Pero, este mismo asesino, al parecer, hacía ya algún tiempo que sabía que cierto caballero que tenía un pequeño negocio en Estocolmo era, en realidad, un agente de la CIA y, contra su costumbre, no lo había asesinado. Es decir, que Yuri Yerkov dejaba de cometer un asesinato, con los que tanto disfrutaba, y, además, decía que tenía «amigos»… ¿Pretendía burlarse de ella, ganar su confianza, soltarle toda una carga de mentiras, hacerse el santo y bueno…?

—Sigue sin contestar a mi pregunta —susurró—: ¿por qué sólo quería tratar conmigo?

—Por dos razones. Una de ellas, que estaba seguro de que usted no vendría dispuesta a matarme en cuanto me viese, sino que me escucharía antes. Y la segunda, que tengo la seguridad de que sólo

usted podrá sacarme con vida del Báltico. Supongo que no estará de acuerdo si le digo que sería más conveniente escapar primero y, más adelante, regresar a Estocolmo a recoger esos documentos que he enviado a cierto hotel de esa ciudad. Sería menos peligroso… para todos.

Baby sonrió mordazmente.

—Sí, sería menos peligroso, desde luego.

—Pero no le gusta la idea.

—En absoluto, Yerkov; o vamos a buscar esos documentos a Estocolmo o le dejo ahora mismo a su suerte.

De pronto, el ruso sonrió. No mordazmente, como ella, ni con frialdad o burla, sino con amplitud, de un modo amable, casi encantador pese a su lamentable aspecto.

—¿Se da cuenta de que he podido matarla, Baby?

—¿Estrangulándome? —sonrió también ella, entre sorprendida y sobresaltada—. Porque no lleva usted armas, me he asegurado de ello, naturalmente… ¿No se ha dado cuenta?

—¡Desde luego! —Casi rió Yerkov—. Me ha manoseado usted de arriba a abajo, pero no de delante a atrás. Ya sé que le parecerá un sitio incómodo para llevar armas, pero olvidó usted… manosear mi espalda, cerca de la nuca.

Los labios de la rubia con lentes se crisparon un instante. Pero no tuvo necesidad de decir nada, porque Yerkov se volvió de lado, ofreciéndole la espalda. Y allí cerca de la nuca, bajo la ropa, Baby vio el bulto. Metió la mano por el cuello del chaquetón…, y la retiró con una pistola, que sacó de la funda cosida por dentro de la ropa.

Yuri Yerkov volvió a su posición boca arriba y, todavía sonriendo amablemente, señaló hacia la salida de la cámara.

—Como comprenderá, después de matarla a usted no me habría sido difícil matar a su Simón que gobierna la barca.

Todavía pálida, Baby asintió con la cabeza.

—En ese caso, Yerkov, habría estropeado su última oportunidad de salir con vida del Báltico.

—Ya he comprendido eso. ¿Cuál es su plan?

—Lo sabrá a su debido tiempo.

—Está bien. Sé que será bueno, sea el que sea.

—Lo era cuando creía que usted estaba en mejores condiciones físicas. ¿Podrá caminar?

—Sí.

—Caminar bien, no cojeando, ni haciendo gestos de dolor.

—Podré hacer lo que sea necesario hacer.

—Ya veremos eso. Por el momento, desnúdese. Completamente. ¿Necesita ayuda para hacerlo?

—La agradecería —murmuró Yerkov, mirándola de un modo extraño.

En silencio, Baby le ayudó a desnudarse, hasta dejarle solamente con los calzoncillos. Luego, colocó la maleta en el suelo, junto a la litera, y la abrió, comenzando a sacar lo necesario para una cura a fondo. Un vistazo la convenció de que ninguna bala había quedado en el cuerpo de Yuri Yerkov, cosa lógica, pues de otro modo casi con toda seguridad se habría producido ya la gangrena. Siempre en silencio, comenzó a curarle, mirando de cuando en cuando al asesino soviético, en cuya frente comenzó a aparecer el sudor mientras ella manipulaba en las heridas. Sólo se oía el motor de la barca, con su característico tap-tap-tap-tap-tap… La cura, ni mucho menos perfecta, pero sí adecuada y efectiva, terminó con una venda de goma que rodeó la pierna de Yerkov desde la rodilla hasta el tobillo, fuertemente.

Por último, Baby puso en manos del ruso una maquinilla de afeitar a pilas.

—Aféitese bien… ¿O quiere que lo haga yo?

Un destello divertido apareció en los inteligentes ojos del soviético.

—Sería mejor. Yo no lo haría bien, sin espejo.

Un gesto frío endureció aún más el rostro de la rubia con lentes. Sin decir palabra, procedió a afeitar a Yuri Yerkov, que cerró los ojos y se relajó. Cuando terminó, Baby se quedó unos segundos contemplando aquel rostro varonil, hermoso, firme… y, desde luego, impresionante. Todavía lo fue más cuando él abrió los ojos, mostrando su tonalidad clara, inteligente, al oírla decir:

—Listo. Ahora, siéntese en la litera, de lado.

Yuri Yerkov obedeció. Se pasó las manos por las mejillas, y comentó:

—Un buen masaje americano *after-shave* me sentaría muy bien ahora, ¿no le parece?

—Está todo previsto… ¿También quiere que se lo ponga yo?

El ruso vaciló, pero decidió no llevar más lejos su actitud evidentemente cínica.

—No. Lo haré yo mismo.

Baby le tendió la botellita, y Yerkov se friccionó enérgicamente el rostro. Pareció a punto de hacer un comentario, pero desistió de ello al ver la fijeza de aquellos ojos verdosos fijos en él, brillando tras los cristales sin graduación de los lentes.

—Está disfrazada —pensó—. Los lentes no le sirven de nada y, además, lleva microlentillas. ¿De qué color serán sus ojos en realidad? ¿Y su cabello? Porque también lleva peluca, claro…

—¿Qué está pensando? —preguntó secamente Baby.

—Nada.

Ella encogió los hombros, y dijo:

Por fortuna, ustedes, los rusos, no suelen llevar esas horribles melenas… Será bastante fácil.

—¿El qué?

—Voy a tener que recortarle un poco el cabello. Y luego tendré que teñírselo de rubio. Y como todavía está bastante pálido, tendré que ponerle maquillaje del mío en el rostro.

—Entiendo —murmuró Yerkov—. Es un buen plan. Pero muy arriesgado para su compañero, ¿no?

—Ya le he dicho que está todo previsto. Gire lo máximo que pueda la cabeza.

El espía ruso obedeció y Baby, provista de las tijeras que sacó del maletín forrado de negro, comenzó a cortarle el cabello, sonriendo de nuevo mordazmente. Si alguna vez Yuri Yerkov conseguía volver a poner los pies en una barbería, seguro que el barbero se llevaría las manos a la cabeza al contemplar aquel corte último… De todos modos, no le salió demasiado mal, y cosa que sí interesaba mucho, el corte de cabello de Yuri Yerkov era muy parecido, ya que no idéntico, al de Simón III, que continuaba a los mandos de la barca pesquera. El teñido fue relativamente fácil, y maquillar el rostro de Yerkov resultó una obra de arte por parte de Baby, que, finalmente, colocó un espejito ante el ruso.

—¿Qué le parece?

—Si me hubiese dicho que tenía un espejo, me habría afeitado yo mismo… Tengo aspecto de americano —refunfuñó finalmente.

—Hay aspectos peores.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Por ejemplo, el de cadáver. O el de ruso —se quedaron mirándose con contenida hostilidad—. Pruebe a caminar. Pero sin precipitaciones. Vaya estirando los músculos lentamente, no haga gestos bruscos…

—Sé muy bien lo que tengo que hacer para ir poniendo la pierna en condiciones —gruñó Yerkov.

—Pues hágalo. Tiene que estar en buena forma física para cuando lleguemos a Klintehamn: lo del costado nadie lo notará, pero dé un solo paso en falso, y todos los espías que nos rodean se darán cuenta de que el hombre que antes no cojeaba, lo hace ahora… ¿Está claro?

—Sí —el ruso comenzó a caminar, con cuidado, mirándola con expresión todavía incrédula—. ¿Ha dicho que nos dirigimos hacia Klintehamn?

—En efecto.

—Pero… esa localidad está hacia el Sur, en la misma isla de Gotland…

—Así es.

—Creí que íbamos ya hacia Estocolmo…

—No diga tonterías. En cuanto intentásemos alejarnos de Gotland por medios propios, nos hundirían a cañonazos, o de otras mil maneras. Mientras estemos haciendo cosas que no comprenden, no atacará nadie… ¡No se canse! Nada de forzar la pierna; vaya descansando apenas note dolor o cansancio.

Yerkov se sentó en el borde de la litera, un poco demudado, pero con el rostro de aceptable color saludable debido al maquillaje.

—¿Para qué vamos a Klintehamn? —murmuró—. No hay nada allí que no exista en Visby.

—¿Quién dirige la operación, usted o yo?

Yuri Yerkov frunció el ceño, y no contestó. Baby sacó de la maleta un paquete, que desenvolvió cuidadosamente, dejando al descubierto un traje de goma negro para bucear. También había otro paquete conteniendo ropas corrientes, una pistola, dinero… Lo fue examinando todo con cuidado, bajo la curiosa mirada del ruso. Por fin, al parecer satisfecha, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y encendió un cigarrillo. Luego miró su reloj y, por último, fríamente, al muy atento Yuri Yerkov.

—No olvide su entrenamiento —dijo—. Dentro de poco tendrá que caminar bastante, y deberá hacerlo bien.

El ruso reanudó sus paseos, cautamente, estudiando la reacción de su pierna herida; caminaba silenciosamente, de modo que, de nuevo, solamente se oía el motor de la barca. El sol iba tomando un tono anaranjado. Se aproximaba el momento del sol de medianoche.

Capítulo V

Y de pronto, ni siquiera se oyó el motor de la barca. El silencio que sobrevino, comparado con el rumor del motor hasta entonces, pareció total, por un instante. Pero en seguida, oyeron el rumor del mar contra el casco de la barca.

Yuri Yerkov se había detenido en seco, y quedó inmóvil unos segundos, vuelta su cabeza hacia Baby, que estaba mirando su relojito. Cuando comenzó a ponerse en pie, Yerkov preguntó, inquieto:

—¿Qué ocurre?

—Estamos a mitad de camino de Klintehamn. Y no pasa nada que deba preocuparle.

—¿No es una avería en el motor?

—Aparentemente, sí.

Sin más explicaciones, Baby subió a cubierta. Regresó medio minuto más tarde, acompañada de Simón III, que dirigió una mirada curiosa y no poco torva al espía soviético. Sin decir palabra, comenzó a desnudarse, mientras Brigitte decía a Yerkov:

—Busque alguna herramienta aquí abajo. Lo mismo da una que otra.

Yerkov la ofreció en pocos segundos, Simón III estaba ya desnudo, y se dirigió hacia el traje de goma. Ciertamente, el ruso no necesitó ninguna indicación para comprender lo que tenía que hacer. Comenzó a ponerse las ropas de Simón III, mientras Brigitte ayudaba a éste a ponerse el traje de goma, conversando ambos en inglés, en murmullos que Yerkov no podía entender. Simón asentía de cuando en cuando. Ni una sola vez volvió a mirar a Yuri Yerkov. Éste terminó de vestirse y, siempre comprendiendo lo que estaba tramando la astuta espía internacional, tomó la herramienta y salió a cubierta, firme sobre sus piernas, como si jamás hubiese estado herido…

—Yo terminaré solo de arreglarme —gruñó Simón III—. No pierda de vista a ese sujeto, Baby.

—Tranquilícese, Simón; él sabe que somos la única ayuda que tiene para salir del cerco, así que se portará bien. ¿Lo recuerda usted todo bien? ¿Tiene alguna duda?

—En mi vida he sabido de un plan tan complicado como el suyo, pero lo recuerdo todo perfectamente.

—Veamos si es cierto.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—Bien. Yo me quedaré aquí abajo, y ustedes dos desembarcarán en Klintehamn. Para todos, ese ruso seré yo, así que seguirán manteniendo las distancias, nada ocurrirá. Debido a esta simulada avería, llegaremos a Klintehamn cuando haya zarpado el barco de turistas que quieren contemplar el sol de medianoche en el mar… Cuando llegue la noche, yo me deslizaré al agua, me alejaré de la barca nadando y, en lugar seguro, saldré a tierra. Allí, me vestiré con estas ropas y, a pie, o robando una bicicleta, regresaré a Visby. Lo máximo que puedo tardar en llegar, aunque fuese todo el tiempo caminando, son cinco horas. En Visby, tomaré el primer vapor que salga hacia Estocolmo, después de llamar a mis compañeros de…

—Por teléfono.

—Sí, por teléfono. Les llamaré y les diré que me esperen en el ángulo de Malar Strand y Staden, con una lancha…

—No. Ellos deberán dejar la lancha allá, pero usted…

—Sí, eso quería decir: deberán dejar la lancha allá y esperar a que yo les llame entonces por radio de bolsillo. Les comunicaré todo el plan de usted, todas las instrucciones, y hacia las ocho de la tarde partiré con la lancha directo hacia Klintehamn… ¿Tengo que repetirle también lo del simulacro de recogida?

—No —sonrió Baby—. No creo que ahí pueda olvidar nada. ¿Qué más?

—Después del simulacro de recogida de ustedes, me lanzaré hacia la costa a toda velocidad; hacia la costa del continente, claro. Pero, antes de llegar allá, mis compañeros, de acuerdo a las instrucciones, aparecerán con un helicóptero… Yo hundiré la lancha, y pasaré a ese helicóptero. Los tres hombres que irán en él serán, los dos que habrán salido directamente de Estocolmo y el

que, también desde Estocolmo, habrá llegado a Nyköping con el coche; coche que habrá dejado en el lugar convenido antes de ser recogido por el helicóptero. Luego, me recogen a mí, y nos vamos hacia el Sur. Y nos esfumamos.

—Muy bien.

—¿Hacia dónde nos esfumamos?

Baby le dirigió una mirada divertida:

—Tómense unas vacaciones… ¿Por qué no van hacia el Mar Negro? Hay unos estupendos balnearios rusos por allí.

—Muy graciosa —sonrió Simón III—. De veras, muy graciosa.

—Pero hombre de Dios, ¿hacia dónde quieren «esfumarse» ustedes? Vayan hacia el continente… A París, quizá. Decídanlo ustedes mismos.

—Está bien. ¿Y ustedes?

—Oh, nosotros nos las arreglaremos bien, no se preocupe. No pensará que yo he olvidado mi propio plan, ¿verdad?

—Me gustaría que me lo repitiese —bromeó Simón III.

—De acuerdo —rió ella—. Después de reparar esta… «avería», llegaremos, en efecto, cuando el barco de turistas que quieren presenciar el sol de medianoche en el mar haya zarpado ya. En Klintehamn nos estarán esperando nuestros cinco compañeros que han salido de Visby con los dos coches. Yerkov y yo desembarcaremos como si fuésemos usted y yo, nos reuniremos con ellos, subiremos a los coches, y allí sostendremos un cambio de impresiones. Todo esto será, únicamente, en realidad, una especie de espectáculo para nuestros colegas. Pero nuestro auténtico objetivo será permanecer en Klintehamn, simulando qué esperamos algo, hasta que salga el barco de mañana por la noche, es decir, dentro de veinticuatro horas. Toda esta espera, es para darle tiempo a usted y a los Simones de Estocolmo a prepararlo todo tal como hemos convenido. Así que, en el barco que saldrá hacia Nyköping dentro de veinticuatro horas, iremos Yuri Yerkov, yo y nuestros cinco compañeros. Contemplaremos el sol de medianoche, como turistas cualquiera. Y cuando llegue la noche, esa breve noche, llegará usted también con la lancha, y comenzará a rondar el barco. Justo entonces, dos de nuestros compañeros que estarán en el barco conmigo, organizarán un escándalo en proa, de tal manera que la atención de todos los pasajeros se centrará en ellos. Yerkov y yo,

para entonces, habremos desaparecido de la vista, del control de nuestros colegas…

—¿Cómo espera conseguir eso en un barco? Tenga la seguridad de que cuando ustedes tomen ese barco, los agentes de los demás servicios harán lo mismo, y no les perderán de vista.

—Yo conseguiré eso, no se preocupe. Lo conseguiré de tal modo que cuando nuestros colegas de otros servicios comprendan que lo del jaleo es un truco proyectado por dos de la CIA para atraer la atención, y dediquen su atención a la lancha que gobernará usted dando vueltas alrededor del barco, no se sorprenderán al ver, o al menos vislumbrar, que usted recoge algo del agua… Lo que no sabrán es que eso serán simplemente dos bultos que usted habrá echado al agua oportunamente. Tendrán que comprender la «verdad», esto es, que el hombre que me ha estado acompañando y yo nos hemos lanzado al agua y que usted nos ha recogido. Entonces, por todos los medios disponibles, llamarán a Estocolmo, o a todos los sitios que puedan, y un enjambre de lanchas y de helicópteros partirán en busca de usted y de su lancha, convencidos de que, por fin, la CIA ha mostrado su juego, y que en esa lancha, además de usted y de mí, está Yerkov, al que habremos estado haciendo pasar por un agente de los nuestros, de la CIA Pero, claro, ni encontrarán la lancha, ni el helicóptero, ni nada, si nuestros compañeros de Estocolmo se sincronizan bien con usted. Total: todos nuestros colegas desorientados completamente…, y Yerkov y yo, tranquilamente, llegaremos a Nyköping en el barco…

—Pero…, ¿cómo podrá hacer eso?

—No se preocupe, insisto. Decía que llegaremos tranquilamente a Nyköping, iremos hacia donde estará el coche, y partiremos como una enamorada pareja hacia Estocolmo. Mientras tanto, naturalmente, nuestros dos compañeros que habrán organizado el jaleo a bordo, habrán sido detenidos y, al llegar a Nyköping serán puestos a disposición de las autoridades; los otros tres, visiblemente, se quedarán en Nyköping para ayudarles en lo que sea posible, como compañeros «turistas» que son ellos. Es decir, que, mientras se resuelve ese pequeño asunto, los cinco Simones quedarán fuera de lid y, en cuanto pidan excusas y todo eso y sean puestos en libertad, se esfumarán también. De este modo, quedaremos solos Yerkov y yo, rumbo a Estocolmo. Allí, si yo llegase a necesitar ayuda, sólo

tengo que llamar a los Simones que, sin haber intervenido todavía directamente en esto, han permanecido a la expectativa… ¿Le parece que me acuerdo de todo?

—Sí. Pero yo no me fiaría de ese ruso… Téngalo por seguro, Baby: en cuanto él haya recogido esos documentos, y se vea a salvo de todo riesgo, la matará.

—Si yo se lo permito, ¿no?

—No creo que nadie se lo haya permitido, y se ha cargado a cientos de personas.

—Vamos, vamos, Simón; no sea exagerado.

—Las que sean. Lo cierto es que es un asesino, ¿no?

Baby vaciló. Tan visiblemente, que Simón III se quedó mirándola aterrado.

—Pues no estoy muy segura, Simón —susurró ella al fin.

—¿No está segura? —Casi gritó Simón—. ¿Está loca? Si le da la menor oportunidad, en cuanto él se considere a salvo le clavará un cuchillo en la espalda, o algo parecido…

Simón se calló de pronto, porque Baby le había vuelto la espalda y se dirigía presurosamente hacia la salida. Pero cuando el espía iba a protestar por esta actitud de ella, oyó el rumor de una lancha acercándose, y tuvo que comprender que ella acudía a cubierta para hacer frente a la inesperada situación. Habían confiado en que los que les seguían y vigilaban desde todas partes se limitarían a permanecer a la expectativa, pero, al parecer, alguien no estaba dispuesto a aceptar tan plácidamente el juego. Así que, mientras Baby salía a cubierta, Simón III tomó la pistola de la bolsa de plástico, y se colocó a un lado de la entrada, dispuesto a entrar en acción en cuanto fuese necesario.

En cubierta, Yuri Yerkov, que había estado simulando manipular en los mandos en busca de la avería que daría lugar a que perdiesen el barco de aquel periplo de sol de medianoche, volvió la cabeza, vio aparecer a Baby y, con la barbilla, llave inglesa en mano, señaló hacia la lancha que se acercaba. Baby asintió, y se quedó mirándola, con los ojos entornados. Mientras la lancha seguía acercándose, la espía miró tras ellos y vio cuatro lanchas más que permanecían a distancia «discreta», esperando.

Sonrió secamente y su sonrisa se amplió cuando la otra lancha estuvo ya lo bastante cerca para que, de pronto, pudiese distinguir

bien al hombre que iba apoyado en la borda, cerca de proa: su estatura, desde luego, no era interesante; gordito, rubio, con escaso cabello… En verdad, tenía todo el aspecto de un aficionado a la buena mesa, especialista en quesos y pasteles… pero si esta aspecto francés resultaba notorio, sus ropas, en efecto, le podían definir como inglés. En la opinión del Simón que la había informado sobre aquel sujeto, allá tenía al espía más tonto de todos los reunidos en Gotland, el que no paraba de moverse de un lado a otro… Debía ser muy impaciente.

—Mala cosa —pensó Baby—. Mala cosa la impaciencia en nuestro oficio, gordito.

Además del gordito, iban otros dos hombres en la lancha. Uno de ellos, a los mandos. El otro apareció junto al gordito cuando la lancha estaba ya muy cerca… Y estos dos eran mucho menos fáciles de definir: podían ser, ciertamente, ingleses, pero también podían ser alemanes o rusos o polacos, o… Lo indudable era que parecían mucho más peligrosos que el gordito.

Yuri Yerkov se colocó al lado de Baby y pidió, con voz tensa:

—Devuélvame mi pistola. Esos hombres…

—Calma. Ya le he dicho varias veces que todo está previsto: si intentan algo —movió su mano izquierda, cerrada— se llevarán una desagradable sorpresa.

—Si empiezan a disparar, no tendremos tiempo de nada. Lo mejor…

El gordito comenzó a hablar, de pronto, alzando mucho la voz y agitando los brazos. Era sencillamente grotesco, ridículo. La lancha se deslizaba ya a motor parado, a menos de veinte yardas de ellos.

—No entiendo lo que dice —susurró Brigitte.

—Está hablando en sueco…, pero lo habla muy mal. Dice que si necesitamos ayuda.

—Colóquese usted de modo que él no pueda verle bien la cara, Yerkov. Yo me las entenderé con nuestro colega británico.

—¿Británico?

—Lo parece. Vamos, vuélvase, pero con naturalidad —de pronto, Baby alzó la voz, dirigiéndose en inglés al gordito—. ¡Tengan cuidado, van a chocar con nosotros…!

—¿Necesitan ayuda? —Volvió a ofrecerse el gordito, ahora en inglés.

La lancha estaba ya muy cerca, y parecía inminente el choque, si bien muy suave; pero el hombre que gobernaba la otra embarcación, movió el volante de pronto, la hizo girar, y quedó prácticamente detenida junto a la de ellos.

—¿Podemos ayudarles en algo? —insistió el gordito.

—No, gracias —negó Baby—: mi marido arreglará la avería en seguida. Ya nos ha pasado otras veces.

—Sería un placer —siguió insistiendo el gordito—. Mi amigo entiende mucho de esto, señora. Podemos repararles lo que sea.

—Se lo agradezco, pero no es necesario.

—También podemos remolcarles… ¿Se dirigen a Klintehamn?

—Sí, a Klintehamn…

—Nosotros también vamos hacia allí, y podemos remolcarles… ¿Son ustedes ingleses?

—Americanos —sintió deseos de reír Baby—. Quiero decir, americanos de Estados Unidos.

—Sí, claro… ¿De verdad no necesitan nada? Nosotros somos ingleses, así que nos encantaría ayudarles. De veras.

Estaba tan ansioso, se mostraba tan absurdamente astuto, que Baby se sintió tentada de dirigirse a los otros dos para recomendarles que enviasen al gordito a casa, a cuidar flores y gatos.

—Son ustedes muy amables —dijo en cambio—, pero no hay cuidado: pronto estará todo arreglado. Gracias de nuevo.

El gordito no sabía qué hacer. Si acaso, parecía a punto de echarse a llorar de un momento a otro. Tenía los ojos muy claros, inquietos, asustadizos… Seguramente, habría insistido todavía más si el que estaba junto a él en la borda no hubiese murmurado algo, que le hizo cerrar la boca. Cuando la abrió fue para decir:

—De acuerdo. Buena suerte.

—Igualmente… Feliz viaje.

El motor de la otra lancha rugió de pronto, y ésta partió, casi saltando sobre las aguas. Baby agitó la manita derecha hacia allí, y se volvió a mirar a Yerkov, cuya mirada permanecía sombría fija en la lancha de los británicos.

—Es demasiado tonto para ser verdad —susurró.

—Quizá tenga razón —admitió ella, pensativa—. Desde luego, no tenemos por qué menospreciar al gordito. Le aseguro que es un

error poco frecuente en mí… y no volverá a suceder.

—Si nos hubiesen atacado, ahora estaríamos muertos.

—Si hubiesen movido sólo una pestaña en forma agresiva, estarían despedazados —negó ella, abriendo la mano izquierda y mostrando en la palma una pequeña ampolla de color metalizado.

—¿Qué es esto?

—Un juguetito que fabrican expresamente para mí en la CIA; puede incendiar en un segundo una lancha tres veces más grande que esa. Siga «reparando» la avería…, si se encuentra con fuerzas.

—Resistiré.

Volvió a su aparente ocupación, mientras Brigitte dirigía otra mirada a las lanchas que estaban detrás de ellos, todas detenidas también. Bien, mientras se contentasen con eso, todo iría bien: no le habría gustado tener que luchar contra colegas de otras nacionalidades sólo por defender la vida de un hombre como Yuri Yerkov.

Miró a éste, y le vio abstraído, contemplando sin verlos los mandos que fingía arreglar. Estaba un poco raro con los cabellos teñidos de rubio y el maquillaje, pero seguía resultando impresionante. Su cuello parecía un cable de acero, sus manos, reposando en el salpicadero, eran grandes, fuertes, hermosas. La anchura de sus hombros, la reciedumbre de sus muñecas, su delgada cintura, revelaban sin el menor engaño una fuerza física nada común…

Él la miró, de pronto, y sonrió simpáticamente.

—Espero que no se enamore de mí —dijo—: sería todo un compromiso para ambos.

Baby parpadeó.

—Procuraré evitarlo —replicó, secamente, y añadió en seguida —: Y haga usted lo mismo.

—¿Lo mismo? ¿A qué se refiere?

—A evitar enamorarse de mí.

—Bueno —rió el ruso—, francamente, si debo enamorarme de su aspecto físico, lo veo un poco difícil. Y en cuanto a enamorarme de su… espíritu, me parece que todavía no la conozco lo suficiente. Quede tranquila.

Baby dio media vuelta y bajo a reunirse con Simón, que la contempló atentamente.

—Ese asesino es un deslenguado —dijo—. ¿Qué demonios se habrá creído?

—Seguramente, que es guapo —dijo ella—. Lo cual no es ninguna ilusión descabellada, ciertamente. Termine de prepararse, Simón… ¿Le asustaría tirarse al mar mientras la lancha esté todavía en marcha?

—Claro que no.

—Entonces, en lugar de dejarle en la barca cuando nosotros desembarquemos, será mejor que se tire antes de llegar a Klintehamn. Reduciremos la marcha lo conveniente…, y cuidado con las lanchas que nos siguen. Ahora, vamos a esperar a que casi sea de noche, de modo que lleguemos tarde para tomar ese barco.

Cuando reanudaron la marcha, ya «reparada la avería», el sol de medianoche estaba en todo su esplendor. Baby permaneció en cubierta, junto a Yuri Yerkov, que gobernaba en silencio, sumido en hondas meditaciones, al parecer. Todo el cielo, todo el mar, estaba encendido en color rojo brillante, que se iba oscureciendo muy lentamente. Al contrario que en los trópicos, donde se pasa del día a la noche y viceversa de un modo brusco, precipitado, allí, hacia los polos, los crepúsculos se alargan de un modo extraordinario; en verano el hemisferio Norte, cuando el casco polar está más inclinado hacia el sol de modo que recibe más de lleno sus rayos, no existe la noche en el Polo Norte durante seis meses aproximadamente, y a medida que se baja hacia el Ecuador, el día va siendo más corto, debido a la curvatura de la superficie de la Tierra. Allí, casi a sesenta grados de latitud, la curvatura todavía permite que el sol se pueda ver durante tanto tiempo que causa desconcierto…

Un sol enorme, encendido, al que es posible mirar de frente. Un sol hermoso, que parece pintado y que tiñe de color oro las nubes que a veces parecen estar junto a él, las llena de luz, como si dentro hubiese millones de bombillas…

Baby pensó en «Martillo» Jorgensen y sonrió. Sí, en efecto, tal como había dicho el púgil sueco, el sol de medianoche inducía a ser mejor, más bueno, más noble. Era como si todo se calmase, se apaciguase, se dulcificase… Todo bañado en rojo y dorado, en reflejos de acero móvil en el mar.

Dirigió una mirada de reojo a Yuri Yerkov, y le vio atento a la

marcha únicamente, escrutando con sus claros ojos que parecían también teñidos de rojo, hacia el Sur, siempre tenso, siempre temiendo el ataque.

—Nadie nos atacará ahora —susurró ella—. No lo harán, mientras dure el sol de medianoche. Además, para todos, usted es un agente de la CIA, no Yuri Yerkov.

Él la miró fijamente, en silencio, durante unos segundos. Luego, volvió a dirigir su atención hacia el frente…, tras una tensa mirada hacia atrás, hacia las lanchas que seguían tras ellos.

—¿No le gusta el sol de medianoche? —preguntó Baby.

—Sí. Pero no es nuevo para mí.

—Lo supongo. Pero…, ¿no le hace recapacitar?

—¿Sobre qué?

—Sobre sus asesinatos.

Yuri Yerkov la miró, como alarmado de pronto. Pero también en los falsos ojos verdes, tras los cristales, el resplandor rojo del sol centelleaba suavemente, pacíficamente. El ruso se pasó la lengua por los labios y no contestó.

—Yo también he matado a algunos hombres. A bastantes, si he de decir la verdad —murmuró la espía—. Pero de modo diferente, Yerkov. Algunos, a sangre fría, es cierto, pero… se merecían no una muerte, sino un millón. ¿Puede usted decir lo mismo? ¿Quizá los mataba por algo que nunca nadie ha sabido? Si es así, yo podría comprenderlo…

—Déjeme en paz.

—¿No le gustaría ser mejor? ¿Ni siquiera lo piensa o lo siente, contemplando el sol de medianoche? Yuri: ¿no le gustaría ser simplemente un espía como los demás, querido cuando menos por sus compañeros? Ni siquiera le conocen a usted… No le conocían hasta que la MVD introdujo sus fotografías en toda Europa… Nadie había visto jamás a Yuri Yerkov, y se podía pensar que era una especie de monstruo horrible… Pero no: resulta ser un hombre hermoso, apuesto, inteligente, agradable… Todo su aspecto exterior es hermoso y noble…, la clase de hombre, de espía, que yo jamás mataría si su interior correspondiese a la nobleza de su exterior. Y, sin embargo, todo dentro de usted está podrido, es horrible, perverso, brutalmente, innecesariamente cruel, sádico… ¿Por qué, Yuri? ¿Por qué?

—Le he dicho que me deje en paz.

—Escuche…, a veces, es fácil cargarles las culpas a los demás. A mí me está ocurriendo: cada vez que ocurre algo sonado en el espionaje, me llegan informes de que la opinión general es que ha sido cosa de Baby. Y muchas, muchas veces, yo ni siquiera he estado en el lugar de los hechos en aquellos momentos. Se dice todo sobre mí, bueno y malo… Pero siempre se exagera, se dicen más cosas de las que existen. ¿Ocurre lo mismo con usted, quizá? ¿Quizá todo lo malo que hacen o han venido haciendo algunos agentes rusos, incluso por error a veces, han decidido cargarlo en la cuenta de un solo agente, del agente Yuri Yerkov, el «Agente Negro» de Moscú? ¿Es eso? ¿Es eso, Yuri?

—No.

—¿No? ¿Está admitiendo todo lo que se dice de usted?

—Todo cuanto usted oiga de Yuri Yerkov todavía es poco. La realidad es mucho peor que los informes que pueda tener cualquier servicio secreto sobre el «Agente Negro». Y ahora, si ha satisfecho su curiosidad, su morbosa curiosidad, déjeme en paz de una maldita vez.

—Usted no puede…

—¡Déjeme tranquilo! —le gritó el ruso, violentamente—. ¿Es que no puede entenderlo? ¡Déjeme tranquilo, no me hable, no me mire, déjeme EN PAZ!

Baby permaneció impávida contemplando el rostro crispado de Yuri Yerkov. Pero ni siquiera aquella crispación de furia, aquella violencia en su voz, en todo su gesto, harían pensar que era un simple asesino que, finalmente, había caído en desgracia incluso entre sus propios compatriotas. Aunque no… Eso era lo que se decía. La verdad, según el agente doble polaco, y luego las revelaciones del propio Yerkov respecto a que hacía tiempo que tenía la fuga preparada, era que, además de asesino, Yuri Yerkov era un traidor que había escapado de los suyos llevándose unos documentos que Rusia no estaba dispuesta a permitir que saliesen del Báltico…

La espía internacional ya no dijo nada más. Permaneció en silencio junto al ruso, contemplando el sol de medianoche. Cuando la relativa oscuridad de la breve noche llegó por fin, bajo a la cámara, donde Simón esperaba fumando un cigarrillo.

—¿Está listo? —murmuró Baby.

—Sí. Puedo saltar cuando guste.

—Será dentro de cinco minutos. Estamos llegando a Klintehamn. Yo voy a volver a cubierta ahora. Usted deslícese detrás mío y quede escondido hasta que le haga una seña. Entonces, simplemente, salte —se acercó a él y le besó en los labios, dulcemente—. Buena suerte, Simón.

—No tiene por qué sentir congoja por mí —susurró el espía; señaló hacia cubierta—. Y menos por él.

—¿Por él? ¿Por Yerkov?

—Les he estado escuchando. Ese hombre no merece que usted esté triste. No merece nada. ¿Qué esperaba? Ni siquiera se impresiona por el sol de medianoche, que tanto le gusta a usted…, y a cualquiera. No siente nada. Si le dijesen que tenía que matar a un niño, lo haría, y disfrutaría con ello. Él mismo lo ha dicho; es peor de lo que se dice de él.

—Es un espía, Simón —murmuró ella.

—Es un cerdo. Y todos sabemos que los cerdos lo devoran todo. No le pierda de vista, o la asesinará.

Baby Montfort tragó saliva.

—Prepárese —insistió.

Regresó a cubierta, y un minuto después lo hacía Simón III, arrastrándose, invisible con su traje de goma negro, que le protegería no sólo de posibles miradas, sino de las frías aguas del Báltico. Muy cerca ya, se veían las luces de Klintehamn. Una mirada hacia atrás, convenció a Baby de que los seguidores mantenían la distancia. Debían estar mosqueados e intrigados, especialmente después del contacto llevado a cabo por el gordito… ¿Qué debían estar pensando los demás sobre aquel contacto tan estúpido? ¿Qué alud de teorías habría provocado en las mentes de los espías alemanes, franceses, rusos, italianos, polacos, belgas…?

—Aminore la velocidad.

Yuri Yerkov obedeció. Baby hizo una seña, y hasta ella misma tuvo dificultades para ver la negra sombra que rebasó la borda y desapareció hacia el mar. Eso fue todo.

—No vuelva a aumentarla. Siga así hasta llegar a puerto.

—Puede que tengamos dificultades al llegar.

—Lo dudo.

—Yo no. ¿No quiere devolverme mi pistola?

—No. Y le diré por qué, Yuri Yerkov… Yo espero que todo salga bien, es decir, que mis compañeros nos estén esperando, que demos la impresión de que hemos perdido el barco, y que el día siguiente, esto es, hasta que salga otro dentro de veintidós horas, transcurra en paz y tranquilidad entre los espías, y que todos podamos tomar el siguiente barco tranquilamente, sin tener que lamentar muertes. Quiero sacarle de aquí por medio de la astucia, no de la fuerza, de las armas, y así espero conseguirlo dentro de veintidós horas. Pero, si no ocurre así, si hay disparos, es usted quien debe morir, no ellos, mis demás colegas.

—En resumen, me lleva usted al matadero.

—No pasará nada. Pero si algo ocurre, no seré yo quien le facilite armas para matar a más espías; que sean ellos quienes le maten a usted… Se lo ha ganado.

Yuri Yerkov sonrió de un modo extraño y encogió los hombros.

—Muy bien —admitió—. A todos nos llega la hora.

Pero nada ocurrió. Absolutamente nada. Tal como había calculado y predicho la agente Baby, los demás espías europeos, que estuvieron presenciando la maniobra, se mantuvieron a la expectativa durante el corto espacio que quedaba de noche y el resto del día, esperando a ver qué estaban tramando los de la CIA.

Capítulo VI

Y lo que tramaban los de la CIA fue, sencillamente, tomar el blanco y bonito barco que, desde Klintehamn los llevaría a ellos, a un montón de agentes secretos de diversas nacionalidades, y a más de un centenar de inofensivos pasajeros, hasta la costa, a Nyköping.

Con formidable discreción, por parejas, y algunos en solitario, fueron tomando el barco. Baby y Yuri Yerkov habían tomado un camarote, donde desde el primer momento se encerraron. Los cinco Simones se distribuyeron adecuadamente, de modo que controlaban a los que los controlaban a ellos. La situación habría resultado casi divertida, si no hubiera sido porque, a la menor sospecha de que el supuesto agente rubio de la CIA que acompañaba a la rubia mujer de los lentes era Yuri Yerkov, todos se abalanzarían sobre ellos dispuestos a matar al ruso cayese quien cayese.

El barco partió y, en el camarote, Yuri Yerkov pidió un cigarrillo a Baby, que se lo dio, con gesto frío.

El ruso la miraba atentamente.

—¿Usted me odia? —preguntó de pronto.

—No personalmente.

—Pero si no fuese por la existencia de esos documentos, me habría matado, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Porque soy ruso?

—Porque es el agente secreto más criminal de que jamás se ha tenido noticia.

—¿Pero no porque soy ruso?

—Exactamente. Tengo amigos rusos.

—Dígame alguno.

—No sea necio. Si le dijese esos nombres y usted, por lo que fuese, volviera a Rusia, los mataría. No pienso…

La llamada a la puerta del camarote los sobresaltó a los dos. La

pistolita apareció en la mano de Baby, pero Yerkov sonrió amablemente. Bastante tranquilo.

—Para ser usted Baby, se sobresalta con gran facilidad… Debe ser uno de sus Simones.

Ella asintió con la cabeza, aunque no muy convencida, y fue a abrir. Casi lanzó un grito al ver ante ella, sonriendo, al gordito agente británico.

—Hola —saludó éste—. Me pareció que los veía entrar en este camarote y quise saludarles. ¿Están bien?

Baby no salía de su asombro ante tamaña desfachatez.

—Estamos muy bien, en efecto. ¿Desea usted algo?

—Me alegra que solucionasen su problema. Como ve, estamos en el mismo barco, y pensé que debía ofrecerme a ustedes, por si puedo serles útil en algo, ya que hablo un poco el sueco.

—No necesitamos nada, gracias.

—Bueno —el gordito y descarado espía dirigió una veloz mirada a Yerkov—. Estaré por cubierta. Ya saben que cualquier cosa que precisen, estoy a su disposición. Por algo somos primos.

—¿Cómo dice?

—Vaya —guiñó un ojo el gordito—. Ya sabe: americanos e ingleses… Primos. ¿No?

—Es muy placentero tenerle como familiar, señor. Y su amabilidad nos llena de alegría. Esperamos verle antes de desembarcar. Hasta luego.

Cerró la puerta ante las narices del gordito y se volvió hacia Yerkov que tenía el ceño fruncido.

—El inglés tiene buen olfato —murmuró—. Se está oliendo algo.

—Mientras se limite a olisquear, nada ocurrirá… Sentiría tener que darle una lección. Y ahora, escúcheme atentamente, Yerkov. Dentro de poco, subiremos a cubierta, para contemplar desde allí el sol de medianoche. Luego, cuando oscurezca, usted regresará antes que yo hacia los camarotes. Pero no entrará en éste, sino que buscará otro camarote del otro lado del pasillo en cuya puerta verá una pequeña señal hecha con bolígrafo junto a la manilla. Ese camarote estará abierto…

—¿Gentileza de la CIA?

—Sí. Uno de mis compañeros lo habrá preparado todo allí. Encontrará en ese camarote, que es una de los que van vacíos en

este viaje, otras ropas, calzado y una peluca mía, de cabellos rojos, que he recortado un tanto estrafalariamente, pero que servirá para el caso; también verá unos lentes oscuros… ¿Necesita instrucciones para disfrazarse?

—No —sonrió Yerkov.

—Espero que su trabajo en ese sentido resulte convincente. Una vez disfrazado, quédese en ese camarote. No salga para nada, hasta que yo vaya a buscarles. No se impaciente, no se ponga nervioso, no tenga prisa… ¿De qué se ríe?

—Sonrío porque pienso que es usted una dama realmente capacitada para este trabajo, eso es todo. No me sorprende que se nos haya escapado de entre los dedos tantas veces.

—No sea iluso; yo jamás he estado ni siquiera entre sus dedos. ¿Ha comprendido bien lo que le he dicho?

—Desde luego. ¿Qué más?

—Nada más que le importe a usted. Simplemente, siga mis instrucciones y antes de veinticuatro horas, yo le habré sacado con vida de este círculo de hierro.

—De acuerdo. Entiendo que va a dejarme usted solo unas horas… ¿Cierto?

—Sí.

—¿Y si yo ya no quisiera tratos con usted?

—Si cuando vaya a buscarle a ese camarote, usted no está allí, me demostrará únicamente que es menos listo de lo que se dice. Pero su vida es suya, Yerkov, así que haga lo que guste.

—¿No le importaría que yo me escabullese…, y que, por lo tanto, usted perdiese toda posibilidad de conseguir mis documentos?

—Se llevaría una gran decepción si le explicase con todas las palabras lo que me importan a mí esos documentos.

—Ni siquiera me ha preguntado de qué tratan… ¿No le interesa?

—Debo admitir que siento curiosidad. Sólo eso.

—Voy a satisfacer su curiosidad —murmuró el ruso—. Esos documentos contienen la explicación de todo el nuevo planteamiento del espionaje ruso en territorio de Estados Unidos durante el próximo bienio. Está todo explicado: cambios de células, métodos de operación, nuevos destinos de más de cuarenta agentes nuevos… Y un par de detalles que fueron los que me obligaron a

fotografiar esos documentos y a huir por fin, de una vez por todas, de Rusia y de todo lo que huela a espionaje… ¿Le parece importante?

Impresionada a su pesar, Baby asintió con la cabeza.

—Me parece, sinceramente, que son unos documentos muy importantes. Pero si usted y yo escapamos, la MVD comprenderá que debe anular toda esa nueva disposición. Realmente, no habremos ganado gran cosa, ¿no le parece?

—Si la CIA llega a disponer de esos documentos habrán ganado mucho. En primer lugar, pondrán en un aprieto a los encargados rusos de la distribución de personal. En segundo lugar, la CIA entraría en conocimiento de la existencia de más de treinta nuevos agentes de la MVD recién salidos de la escuela de espionaje de Kichino, listos para ser introducidos en Estados Unidos. En tercer lugar, la CIA tendría en sus manos una larga lista de agentes ya residentes en Estados Unidos. Y en cuarto lugar, la CIA llegaría a conocer los nombres de siete personas que ocupan puestos relativamente importantes dentro de la Agencia de Seguridad Nacional norteamericana… que están trabajando para nosotros.

Bajo el maquillaje, Baby palideció intensamente.

—Mentira —negó, con voz aguda—. Eso es una gran mentira.

—Verdad. ¿No quiere saber qué par de pequeños detalles me han impulsado por fin a huir de Rusia, a no querer saber nunca jamás nada con el espionaje?

—¿Qué detalles son esos?

—Tres de esos siete norteamericanos de la Agencia de Seguridad Nacional, tendrán que ser… ejecutados porque, en principio, se han negado a aceptar la nueva modalidad de operación e información a la MVD Ese es un detalle. ¿Le digo otro?

—Lo imagino: el encargado de esas tres ejecuciones era usted.

—Exactamente.

—Bueno, eso es normal, ¿no? A fin de cuentas, usted es el más eficiente asesino de la Unión Soviética.

Yuri Yerkov se quedó mirando fijamente a Baby. Ya no dijo nada más. De pronto, bajó los ojos y eso fue todo.

—¿Qué le ocurre? —se sorprendió Baby—. ¿Es que ya se ha aburrido o cansado de asesinar, Yerkov?

El ruso no replicó. En realidad, no hubo la menor reacción en él.

Permaneció con la vista baja, el cigarrillo humeando entre sus dedos, inexpresivo el rostro. Baby frunció el ceño.

—Está bien, no hablaremos más de eso, si es cierto que le molesta, como parece. Hablemos de esos documentos… Son muy, muy importantes. Básicamente, al menos para mi modo de ver las cosas, por los nombres de esos siete traidores de la Agencia de Seguridad Nacional de mi país. Y no voy a negar que conocer lo que la MVD tiene planeado en cuestión de espionaje en Estados Unidos para los próximos dos años, es una perita en dulce. Si a eso, añadimos que dispondremos de muchos nombres de agentes rusos ya residentes en mi país, y treinta nuevos agentes recién salidos de Kichino, la información se convierte en fabulosa. De acuerdo, está admitido… Pero dígame: ¿por qué quiere entregármela a mí? ¿A cambio de qué? ¿Qué es lo que quiere?

—Cuando exigí que el contacto fuese exclusivamente con usted, quería pedirle algo —murmuró Yerkov, sin alzar la cabeza—. Naturalmente, todos los rusos hemos oído muchas, muchísimas cosas de usted. Pero ahora… Ahora, oyéndola y viéndola, me parece que es usted mucho más dura y cruel de lo que pensamos en Rusia. Creo que ya no debo pedirle nada.

—¿Nada?

—Sáqueme de aquí, deme unos miles de dólares, un pasaporte, y eso será todo.

—¿Qué quería pedirme precisamente a mí?

—Nada… Nada.

—Vamos, no sea niño… ¿De qué se trata?

—Déjeme en paz.

—Muy bien.

Baby se sentó, encendió también un cigarrillo, y quedó pensativa, reflexionando sobre la fabulosa información que, si tenía suerte, iba a conseguir para la CIA Por supuesto, la posibilidad de que Yuri Yerkov estuviese mintiendo no fue pasada por alto. Ni la de que quizá Yerkov no tenía ninguna clase de documentos, y que todo lo hacía y decía para que la CIA pusiese el máximo interés en salvarle de aquel apuro…

—Subamos ya a cubierta —dijo de pronto.

* * *

Una vez más, la agente Baby se extasió en la contemplación del sol de medianoche, que lenta, muy lentamente, se iba hundiendo, desapareciendo, dejando tras él una larga aurora roja y dorada, que siempre lentamente comenzó a ser de color cárdeno violáceo… Alrededor de ellos se oían comentarios de toda clase y en varios idiomas. Y alrededor de ellos, los ojos de los espías vigilaban, esperaban… ¿Qué estaban tramando los de la CIA?, seguían pensando los demás espías.

Y por fin, posiblemente, algunos empezaron a considerar la situación bajo un nuevo aspecto cuando apareció la pequeña y veloz lanchita, procedente de la costa continental, navegando directa hacia el barco. Baby comprendió que todo iba bien, que todo estaba saliendo tal como ella había planeado, y susurró:

—Ya puede ir al otro camarote, Yerkov. No necesito decirle que nadie debe poder controlarle en esta ocasión.

—Lo sé. Hasta luego.

El ruso se apartó de la borda, y desapareció de cubierta. Más allá, uno de los agentes de la CIA captó la mirada de Baby, y asintió con la cabeza; sí, las ropas y lo demás estaba en un camarote vacío, cuya puerta estaba señalada como habían convenido. Ella miró a otro Simón, que, captando su gesto, se acercó a ella y se acodó en la borda.

—Estamos dispuestos para cuando usted quiera —aseguró.

—Procuren que nadie salga lastimado, Simón.

Y cuidado con lo que dicen cuando los desembarquen y los pongan en manos de las autoridades.

Y nada de querer seguir en el juego. A casa, ¿está claro? Igual que los del helicóptero, igual que Simón II, que se irá con ellos. ¿Está bien claro? —insistió.

—Sí.

—De acuerdo. Ahora aléjese.

—¿Cuándo empezamos la bronca?

—Deles a nuestros colegas unos minutos más para reflexionar. Se han fijado en la lancha, en nosotros… Dejemos que pasen unos minutos para que sus mentes vayan comprendiendo la jugada falsa que les hemos preparado… Esperaremos todavía quince minutos.

—*Okay*.

El espía se alejó y Baby continúo todavía durante diez minutos gozando del espectáculo del sol de medianoche, y mirando de

cuando en cuando hacia la lancha, que, para asombro de los pasajeros inofensivos, se estaba dedicando a dar vueltas alrededor del barco.

La oscuridad, la relativa oscuridad llegó, finalmente, justo en el momento calculado por Baby. Ésta se apartó de la borda y se dirigió hacia el pasillo de camarotes. Tenía el tiempo justo de ir al suyo, recoger sus cosas y, cuando empezase el jaleo, salir de allí, entrar en otro, y cambiar también de aspecto, como ya debía haber hecho Yuri Yerkov. De este modo, ambos con aspecto no conocido por sus colegas, llegarían tranquilamente a Nyköping mientras ellos estarían convencidos de que habían saltado al mar para ser recogidos por la lancha. Y mientras todas las fuerzas se concentrarían en buscarles en el mar, ellos llegarían a tierra, tomarían el coche que les habían dejado los de la CIA, y viajarían a Estocolmo para recoger los documentos…

Estaba ya cerca de la puerta de su camarote, cuando, de pronto, ésta se abrió y apareció el gordito agente británico. La vio en seguida, y sus ojos se abrieron muchísimo. Su rostro estaba transfigurado, como desencajado… De pronto, sin darle tiempo a Baby a decir o hacer nada, regresó al interior del camarote, haciéndole señas de llamada, manteniendo la puerta abierta.

Fruncido el ceño, la espía internacional entró en su propio camarote, diciendo:

—Escuche, primo inglés, su modo de…

Se calló, de pronto. Su mirada, siguiendo la del gordito, que se había apartado, se centró en los cuerpos de dos hombres tendidos en el suelo. Uno estaba boca abajo, el otro boca arriba… Pero los dos estaban ensangrentados, y el que estaba boca arriba mostraba sus ojos horriblemente abiertos, espantados. Baby cerró la puerta y se abalanzó hacia los dos hombres. Eran los alemanes. Habían sido acuchillados brutalmente, con un ensañamiento feroz, bestial, inhumano… Como si una tempestad de cuchilladas hubiese caído de pronto sobre ellos. A su alrededor, todo el contenido de la maleta de Baby y, a un lado, la maleta abierta, vacía Por fin, Baby se volvió a mirar al gordito y vio las pequeñas manchitas de sangre en sus ropas y en sus manos. Un frío destello apareció en los verdes ojos de la rubia…

—No, no —jadeó el gordito—. ¡Se lo juro, no he sido yo! Yo…

yo-yo-yo sólo… sólo los… los he tocado para ver si podía hacer algo por ellos, y… y me he manchado… ¡Se lo juro! Ya se habrá dado cuenta de que trabajo para el MI5, claro… Usted es de la CIA, lo sé… Pregunte en Londres por George Foreman… Soy incapaz de… ¡Por Dios, esto es horrible!

—Lo es, en efecto… ¿Qué hace usted aquí?

—Bu-bueno, yo… yo vine a… Es que me parece que hay algo raro en usted y su compañero, y… Bueno, es que…

—¡Deje de tartamudear!

George Foreman tragó saliva, y fue a sentarse en una de las literas. Se quedó silencioso, contemplando los dos cadáveres, desviando con aterrada velocidad sus ojillos de uno a otro.

—Los vi a ustedes en cubierta —dijo por fin—. Y quise… echar un vistazo, eso es todo. Me parece que ellos se me habían adelantado, y que alguien los encontró aquí y los mató… No sé nada más. Se lo juro.

—Está bien, le creo, desde luego. ¿A dónde iba usted ahora, cuando yo he llegado?

—No lo sé. Cuando comprobé que estaban muertos, lo único que pensé fue en marcharme, alejarme de este camarote. No sé…

—Cálmese. Supongo que comprende usted que estos dos hombres son tan espías como nosotros, Foreman.

—Sí… Sí, claro, no soy tonto…

—Tanto mejor. Es lamentable lo sucedido, pero ni usted ni yo vamos a complicarnos la vida por esto, ¿verdad? De modo que ayúdeme a recoger todo esto, salga de aquí y… usted no sabe nada de nada. ¿Está claro?

—Sí, sí… Sí, lo haré. Bueno, yo quería preguntarle, ya que nos hemos sincerado un poco, qué es lo que ustedes, los de la CIA, están haciendo. No comprendo…

—Escuche, amiguito: una cosa es que yo sea amable y razonable con usted, y otra es que le cuente mis proyectos. Estamos todos trabajando en lo mismo, ¿no es así? Pues que gane el más listo. Ahora, ayúdeme y márchese. Eso es todo.

—¿Los vamos… a dejar aquí?

—Si le parece, los meteré en mi maleta —refunfuñó Baby—. ¿O los quiere usted para algo?

—¿Yo? —Respingó Foreman.

Brigitte le dirigió una fulminante mirada de reojo, y se dedicó a recoger sus cosas, ayudada torpemente por el agente británico. Cerró la maleta, fue a la puerta y la abrió.

—Adiós, señor Foreman —dijo.

Foreman salió, y ella le estuvo mirando hasta que desapareció hacia cubierta. Dirigió una mirada a los cadáveres, pero movió negativamente la cabeza. ¿Qué podía hacer, si ya estaban muertos? Salió al pasillo, cerró la puerta…, y en aquel momento un rumor de voces y gritos comenzó a llegar hasta ella. Sonriendo secamente, y con la esperanza de que sus Simones hiciesen una gran pelea y un formidable escándalo que pusiese en conmoción a todo el barco, buscó en el pasillo otro camarote señalado, éste con una equis. Se disponía a entrar cuando un gesto duro apareció en sus facciones. Se alejó de aquella puerta, pasó al otro pasillo y buscó la puerta señalada. Intentó abrir, pero estaba cerrada por dentro.

Acercó la boca al marco.

—Yerkov: soy Baby.

La puerta se abrió y el ruso, ya disfrazado nuevamente, y esta vez de modo bastante estrafalario, se quedó mirándola desconcertado… y alarmado.

—¿Qué ocurre? Todavía no hemos llegado a…

—Tardaremos bastante aún —ella entró, cerró y dio la luz del camarote; sus ojos recorrieron velozmente el cuerpo de Yerkov, de arriba a abajo—. ¿Dónde están las otras ropas, las que ha estado llevando hasta ahora?

Yuri Yerkov señaló hacia la abierta portilla del camarote.

—Las he tirado al mar, naturalmente. ¿Por qué?

Baby tomó las manos del sorprendido Yerkov y las examinó atentamente. No pudo ver en ellas ni siquiera una diminuta gota de sangre. Pero la mirada de la espía fue hacia la pequeña puerta del servicio privado del camarote, donde, por supuesto, tenía que haber un lavabo.

—¿Qué ocurre? —insistió el desconcertado Yerkov.

—¿Usted no lo sabe?

—No sé nada de nada.

—¿Qué fue usted a hacer a nuestro camarote antes de venir a éste?

—¿Está bromeando? —Gruñó el ruso—. ¡Yo me vine

directamente aquí, no tenía nada que hacer allí! Además, sus instrucciones fueron claras, y he…

—No diga una sola palabra más —tembló de ira la voz de Baby—. ¡No quiero oírle, no quiero escucharle! No… No diga ni una sola palabra más… Ni una sola. Cuando el barco llegue a Nyköping, desembarque usted solo.

—¿Me abandona? —Palideció el soviético.

—Voy a hacer algo más que eso, «Agente Negro»… No sólo le voy a abandonar, sino que, cuando usted desembarque, todos los agentes secretos que viajan en este barco, lo sabrán. Puede desembarcar con el aspecto que quiera; yo voy a lanzar detrás de usted a toda la jauría.

—No… No, no puede hacer eso… ¡No puede hacerlo!

—¿Prefiere que le mate yo? ¿Quiero que le mate ahora mismo? —La pistolita apareció en la mano de Baby—. Si es eso lo que desea, puedo complacerle con mucho gusto. Aunque preferiría dejarle en manos de los otros. Una bala es poca cosa para lo que usted merece, Yerkov.

—No la entiendo a usted… ¡No la entiendo! ¡Qué rayos le pasa!

—Pues es bien fácil…, colega; quiero que le den caza a usted como se la darían a un perro rabioso. Eso es lo que se merece, y eso es lo que haré.

—Espere… ¿No quiere escucharme? ¡Usted es Baby, tiene que escucharme!

—¿Por qué demonios tengo que hacerlo? —replicó rudamente la espía—. ¡No me interesan sus explicaciones!

—Pero tiene que oírlas… Yo he confiado en usted… ¡Solamente en usted! He hecho lo que ha querido, he aceptado todas sus condiciones, sus órdenes, sus insultos… Baby, tiene que sacarme de aquí, tiene que ayudarme…, ¡tiene que aconsejarme!

La espía quedó atónita.

—¿Aconsejarle? —exclamó—. ¿Sobre qué?

—Usted no entiende… ¡No entiende nada de nada, y no puedo decírselo ahora! Sáqueme de aquí, y yo le diré la verdad, toda la verdad. No sé lo que está pensando, no sé lo que ha ocurrido… Pero si realmente es usted Baby, sáqueme de aquí, escúcheme, y jamás se arrepentirá de ello. ¡Yo soy un espía…! ¡Un espía, un espía, un espía…! ¡Y usted tiene que ayudarme!

—¡Ayudarle!

—Y aconsejarme…

—¿Está loco? ¡No pienso hacer nada por usted! ¡Nada!

Yuri Yerkov se quedó mirándola fijamente De pronto, pareció deshincharse, sus hombros se abatieron, sus ojos perdieron brillo.

—Ni siquiera de usted he podido obtener nada… Está bien. Está bien, sí… De acuerdo —los claros ojos de Yuri Yerkov parecían apagados, fijos en los de Baby—. De acuerdo; dispare. Terminemos de una vez. Ya nada me importa. ¡Dispare!

La más peligrosa e inteligente espía del mundo alzó la pistolita, apuntando directamente a la frente de Yuri Yerkov. Podía hacerlo. Lo había hecho otras veces. Sólo tenía que apretar el gatillo y sabía que jamás tendría el menor remordimiento. Sólo tenía que apretar el gatillo, dejar allí a Yuri Yerkov, desembarcar en Nyköping, ir a Estocolmo con el coche, y regresar a casa, a Nueva York. Así de sencillo.

Pero algo vio en los ojos del «Agente Negro». Algo vio que le hizo vacilar. Algo inesperado, algo desconcertante, como si las cosas no fuesen lo que parecían…

En la mente de la espía internacional, algo, de pronto, no encajó.

Parpadeó, bajó la pistolita y murmuró:

—Desembarque solo, y yo me reuniré con usted en el momento oportuno.

Capítulo VII

La policía sueca estaba esperando en el muelle de Nyköping la llegada del barco, avisada por radio, dispuesta a hacerse cargo de los dos alborotadores americanos. Solamente esperaban por eso, ya que las muertes de los dos agentes secretos alemanes que con más ahínco y furia habían estado a la búsqueda de Yuri Yerkov, aún tardarían varias horas en ser descubiertos.

De modo que, a excepción de los dos norteamericanos que habían organizado el alboroto, y otros tres compatriotas, que se empeñaban en ir con ellos para apoyarles o ayudarles en lo que fuese, los demás pasajeros desembarcaron sin dificultad ni inconvenientes.

Los primeros, prácticamente empujándose unos a otros, fueron los agentes secretos de varias nacionalidades, ansiando recibir noticias de los compañeros que, desde Estocolmo y otros sitios, habían salido hacia el mar en el punto adecuado, en busca del hombre y la mujer que se habían lanzado al agua para ser recogidos por aquella lancha, en la oscuridad. Suceso éste que solamente los espías habían captado, y que, para informar a sus compañeros, habían utilizado los servicios de comunicación del barco algunos, y sus propias radios los que las tenían lo bastante potentes. Siempre en clave, naturalmente. Ninguno de ellos había vuelto a saber nada de la rubia y de su acompañante, y, claro, no habían sido vistos de nuevo en el barco desde que la lancha se alejó por fin, en alta mar. La cosa, pues, estaba clara, y sólo faltaba obtener pronto noticias… Noticias que, cuando llegasen, dejarían una vez más al espionaje internacional con siete palmos de narices, debido a la intervención de la agente Baby…

Mientras tanto, el sujeto de los rojos cabellos, provisto de lentes, estrafalario y de caminar lento, como cauteloso, desembarcó sin que nadie se fijase especialmente en él. De este modo, mientras se

alejaba del muelle, Yuri Yerkov, el «Agente Negro» pudo respirar tranquilo por primera vez en varios días, con la sensación de que el peligro se iba desvaneciendo a su alrededor.

No caminó mucho, porque la pierna le dolía cada vez más, y el esfuerzo por no poner en evidencia su cojera era cada vez mayor. Pálido, casi agotado, con algunas gotas de sudor en la frente, el soviético, por fin, se sentó en un banco de unos bonitos jardines públicos, solitarios a aquella temprana hora. Suspiró profundamente y cerró los ojos. Una mañana deliciosa, con un sol descolorido, canto de algunos pajarillos en las ramas de los árboles de los jardines…

«Muy bien —pensó—. No pienso dar un solo paso más; que venga cuando quiera».

Se acomodó en el banco, volvió a suspirar, y se dispuso a esperar el tiempo que fuese necesario. El espía había dejado de correr, el espía podía descansar…

Media hora más tarde, un coche se detuvo en el límite de los jardines, bastante cerca de él. El ruso volvió la cabeza y vio apearse a la muchacha… Apenas contemplarla, se olvidó inmediatamente de Baby y de todo. Atónito, estupefacto, maravillado, sus ojos miraban y su cerebro se negaba a admitir que pudiese ser cierta tanta belleza. La muchacha del coche era más bien alta, de largos cabellos negros, suavemente ondulados. Su cuerpo era tan armonioso, tan perfecto, tan exquisito, que estaba justificada la incredulidad de Yuri Yerkov. Su rostro era el más bello que había visto jamás.

Y cuando estuvo cerca de él y le miró como distraída, el espía soviético pudo contemplar los más hermosos ojos azules que podía haber en el mundo. Estaba tan absolutamente fascinado, que ni siquiera pudo sorprenderse de que aquella hermosísima y madrugadora muchacha fuese a sentarse en su banco, junto a él. Sin darse cuenta de que su actitud, su fija mirada atónita, llegaba incluso más allá de la impertinencia. Yuri Yerkov se dio cuenta de que, de pronto, sentía latir su corazón, y un extraño, dulce, desconocido calor en todo su cuerpo… Por una mujer así, él habría hecho cualquier cosa…, si la hubiese encontrado a tiempo. ¿O quizá todavía estaba a tiempo? Todo dependía de lo que Baby dijera… Aunque todo estaba tan mal… Si desde el principio él hubiese

conocido una muchacha así, con aquella luz de dulzura en los ojos, quizá su camino habría sido otro, quizá ahora las cosas serían tan diferentes que la vida valdría la pena vivirla, y…

La muchacha también le estaba mirando fijamente, como si fuese la cosa más natural del mundo. Pero Yerkov no se dio cuenta de ello, ni de la extraña situación hasta que ella habló. Lo cual le ocasionó un respingo…

—Dicen que nunca es tarde —murmuró la muchacha—. Pero me temo que sí lo es para un hombre como el «Agente Negro».

Sí. Yuri Yerkov respingó fuertemente, por varios motivos: porque aquella muchacha había estado leyendo sus pensamientos, por sus palabras implacables, pero sobre todo, por su voz.

—No —pudo jadear por fin—. No es posible… No; no es posible.

Ella miró su relojito y Yerkov lo reconoció.

—No es que tengamos prisa, pero hay lugares más discretos que este. Comprendí que usted estaba dispuesto a esperarme aquí, y fui a por el coche Marchémonos.

Se puso en pie, pero Yerkov tardó todavía un par de segundos en hacerlo. Cuando quedó ante ella, por fin, la tomó de los brazos y miró intensamente los bellísimos ojos azules.

—Sí… Sí es posible —musitó—. Es usted. Usted sí es la Baby que yo imaginaba. Y aún es más hermosa, más femenina de lo que yo había intuido.

Sí —de pronto se echó a reír alegremente—: ahora sé que usted me ayudará…

—Lo dudo mucho. Lo del barco ya ha colmado toda medida, Yerkov.

—No sé de qué me habla… Pero ya no importa. Vamos a buscar esos documentos y entonces, ya tranquilizados, podré explicárselo todo, usted me ayudará, me aconsejará…

—Sigo pensando que está loco, además de ser un criminal y un cínico. Pero ya no hablemos más… No quiero saber nada más. Yerkov. Simplemente, vamos a buscar esos documentos.

Echó a andar hacia el coche y Yerkov la siguió. Ella se puso al volante, y se disponía a dar al encendido, cuando Yerkov le tomó la mano. La divina espía volvió la cabeza hacia él, que contemplaba en todo momento sus ojos, como si allí estuviese lo único que le interesaba en el mundo.

—¿Quiere reírse? —sonrió Yerkov—. Voy a darle un buen tema para que lo haga: estoy enamorado de usted.

—Ya le definí hace días como un puerco Yerkov.

—No… No me entiende. Parece que no hay modo de conseguir que usted me entienda, Baby… No es que me haya enamorado de usted al verla ahora, tan hermosa… Lo que he querido decir es que estoy enamorado de usted hace tiempo: desde que comencé a leer cosas de usted en los archivos de la MVD Por eso, cuando me decidí a dejar esta vida, quise tratar solamente con usted. ¿No es sorprendente? Mientras la he estado viendo con el otro aspecto, tan hostil y desagradable, he estado sintiendo posiblemente la mayor desilusión de mi vida, la mayor decepción. Pero ahora no. Ahora es usted tal como la había imaginado… Sus ojos, lo que hay en ellos, muy al fondo, dentro de todo, es lo que yo esperaba encontrar exactamente. Por todo lo que he oído y leído sobre usted, tenía que ser exactamente así. Y ahora que…

La portezuela derecha de atrás se abrió de pronto, una sombra se deslizó dentro del coche antes de que pudiesen reaccionar, y una voz dura y fría advirtió:

—Sólo con que muevan sus cuerpos un milímetro, dispararé.

Los dos se quedaron rígidos, mirándose todavía fijamente, pero pensando en el hombre que había entrado tan magistralmente en el coche, apareciendo como si hasta aquel momento hubiese sido invisible.

Sin moverse, Baby murmuró:

—Es usted un hombre muy astuto, querido primo inglés.

La voz de George Foreman, el gordito, no era nada amable cuando dijo:

—Sé que él está desarmado, pero usted lleva una pistolita. Sáquela con cuidado, con la mano izquierda, y pásela hacia atrás por encima del mismo hombro, sosteniéndola por la punta del cañón con dos dedos.

Brigitte asintió. Se subió la falda, despegó la pistola de su muslo izquierdo y la entregó al gordito por encima del hombro.

—¿Usted es Baby? —preguntó Foreman.

—En efecto —asintió tranquilamente Brigitte.

Yuri Yerkov se volvió de pronto hacia Foreman que se dejó caer hacia el fondo del asiento, pero siempre dominando la situación con

su imponente automática con silenciador acoplado.

—Les he dicho que no se…

—Escuche, inglés —dijo secamente Yerkov, sin hacerle el menor caso—: si está buscando a Yuri Yerkov, aquí me tiene. Puede disparar, o hacer lo que guste conmigo, pero en cuanto a Baby…

—No se pongan nerviosos —rió dulcemente la divina—. Ya verán como todo termina bien, a gusto de casi todos. Tengo que admitir que el señor Foreman es mucho más listo y eficiente de lo que había pensado, pero, precisamente por eso, vamos a llegar muy amistosamente a un acuerdo.

—Lo dudo —replicó Foreman—. No me gusta lo que está haciendo usted, Baby; no me gusta esta jugada de la CIA para quedarse con Yerkov. Los dos han sido muy listos, pero me fui dando cuenta de que el hombre que iba siempre con la mujer rubia no podía ser un agente cualquiera de la CIA Ello habría significado, más o menos, que usted no se sentía demasiado segura, que recurría a cierta protección… Y no. Eso no. Conozco su historial, y…

—Por lo visto —volvió a reír Brigitte—, soy bastante popular en ciertos círculos profesionales. Pero, señor Foreman, vamos a solucionar esta situación de modo razonable. Ya sé, ya sé, es usted más espabilado de lo que parece: se dio cuenta de la jugada, me perdió a mí de vista en el barco, y como, ciertamente, era poco probable que me identificase con el aspecto de ahora, se dedicó a vigilar a los hombres. En cuanto vio a Yerkov, supo que era el mismo hombre que me había estado acompañando, y se vino tras él, esperando la jugada… ¿*All right*, colega?

—*All right*. Sé que están ustedes tramando algo. Usted, de la CIA, y este perro sarnoso de la MVD Y dudo mucho que lleguemos a ningún acuerdo, Baby; lo único que me interesa es matarle.

—¿A mí también?

—Bueno… Francamente, no. Pero a él…

—Espere un momento. Efectivamente, Yerkov y yo hemos hecho un trato: yo tenía que sacarle del cerco en que le habían metido, y él, a cambio, me entregaría ciertos importantísimos documentos… ¿No le gustaría echar un vistazo a esos documentos, colega?

—¿Qué clase de documentos? —se interesó Foreman.

—Le aseguro que son importantísimos. Si usted mata a Yerkov ahora, jamás tendremos esos documentos. En cambio, podemos ir a

buscarlos, usted obtiene una copia de ellos, con lo cual en Londres se van a quedar maravillados de su categoría como agente secreto, y luego, soltamos a Yerkov en…

—¡No! —saltó Foreman—. ¡Ni hablar de eso!

¡A este bicho asqueroso…!

—Cálmese. Yo he hecho un trato con él, y quiero cumplirlo a toda costa. Lo dejaremos en libertad fuera del círculo de hierro. Luego…, ya verá como no tardaremos en volver a encontrarlo. Ese fue el trato, y eso haremos. Porque de lo contrario, si usted no acepta, va tener dificultades, querido primo. Se lo aseguro.

—¿Yo? —rió Foreman—. Mire, Baby, no tengo intención de lastimarla a usted, pero…

—Si usted sigue pensando en matar a Yerkov demostrará ser el agente secreto más estúpido que habré conocido jamás. Pero hombre de Dios…, ¿no se da cuenta de que le estoy facilitando el mayor triunfo de su vida profesional?

George Foreman vaciló visiblemente. Miraba de Yerkov a Baby, y de ésta a aquél.

—Escuche —dijo de pronto—, los americanos y los ingleses somos amigos, y además, tengo por seguro que usted siempre cumple lo que promete, pero… Bueno, no sé… Demonios, póngase en mi lugar, Baby: ¿por qué tengo que fiarme de otro espía?

—La pregunta es inteligente, lo admito —sonrió ella—. Pero contiene un pequeño fallo: ese otro espía es Baby, no es un espía cualquiera que sólo sabe trabajar torpemente, de un modo marrullero… Yo no necesito perder la compostura para terminar cualquier trabajo. Seamos elegantes, Foreman. Elegantes, inteligente…, y primos. ¿Sí o no?

—Maldita sea —masculló el británico—. Usted es capaz de convencer a una piedra, supongo.

Le devolvió la pistolita, de pronto, y se quedó en el asiento de atrás, enfurruñado consigo mismo después de guardar su arma. Yerkov le miró incrédulamente, y no menos incrédulamente luego a Baby, que reía de nuevo.

—No ponga esa cara, hombre —bromeó—. ¿No se da cuenta de que le voy a hacer famoso en el MI5?

—Cuando allá sepan que he tenido a Yuri Yerkov delante de mi pistola…, y no he apretado el gatillo, me van a hacer picadillo.

—No se preocupe por eso. Presentará un triunfo mayor del que significa apretar un gatillo. Bien…, ¡vámonos a Estocolmo!

—¿A Estocolmo?

—Yerkov tiene allí esos documentos.

—Ah… Pero Estocolmo estará lleno de agentes secretos que apenas vernos…

—Tranquilo, amigo George: deje que su primita Baby se ocupe de los detalles. Ustedes sólo tienen que seguir mis indicaciones, y les aseguro que nadie sabrá que hemos pasado por la Venecia del Norte… Venecia del Norte… ¡Qué tontería!

Capítulo VIII

El coche se salió de la carretera, y se detuvo debajo de unos abetos. En seguida, dos hombres se apearon, y miraron a su alrededor, un tanto indecisos…, hasta que vieron el otro coche, mejor escondido que el de ellos, más alejado de la carretera. Entonces, fueron hacia el otro coche, y cuando se convencieron de que estaba vacío tras un simple vistazo, uno de ellos metió la mano izquierda en un bolsillo interior de la chaqueta…

En el escondrijo que habían elegido entre los árboles, Yuri Yerkov permaneció inmóvil, pero George Foreman se apresuró a sacar su pistola al ver el gesto del hombre recién llegado. Baby le dio una amable palmada.

—Tranquilo, señor Foreman; esos deben ser mis amigos. Ya verá como saca no una pistola, sino una radio de bolsillo, para la localización final…

En aquel momento, la pequeña radio camuflada en un paquete de cigarrillos que Baby tenía ya preparada, comenzó a emitir un suave zumbido de llamada. Foreman miró esta radio, miró al hombre recién llegado, que tenía un pequeño objeto rectangular en la mano, y guardó su pistola, asintiendo.

—¿Sí? —musitó Baby.

Los tres vieron perfectamente al hombre mover los labios y oyeron su voz por la pequeña radio de la espía:

—Baby, acabamos de llegar. Dos de nosotros, tal como usted pidió. Estamos junto al coche, en el lugar que nos indicó.

—Les estoy viendo, Simón. Gire usted treinta grados a su derecha, y caminen hacia su frente.

Cerró la radio. Vieron al hombre hacer lo mismo con la suya, guardarla, girar hasta que quedó de frente a ellos aún sin poder verles, pues estaban bien escondidos, y, tras decirle algo al otro, comenzó a caminar en su dirección. Estaban ya a pocos pasos

cuando Baby se incorporó, y les hizo señas. Los dos agentes de la CIA se acercaron y Baby les tendió la manita, sonriendo.

—¿Cómo están, queridos?

—Nosotros bien —replicó el de la radio—. Y los hombres que tenían que esfumarse se han esfumado ya… Son ustedes los que se están metiendo en un lío. Estocolmo está que arde. Según noticias, no se ha abandonado la vigilancia en otros lugares, pero hay el convencimiento de que Yuri Yerkov y Baby tienen que pasar por Estocolmo y allí la vigilancia es espantosa.

—¿Saben ya que yo he intervenido? —murmuró Brigitte.

El otro Simón, ambos desconocidos hasta aquel momento para la divina espía, soltó una seca risita.

—Hombre, vamos —exclamó—. ¡Claro que han tenido que darse cuenta de que usted está interviniendo! Saben muy bien que ha intervenido una mujer, y saben que alguien les ha tomado el pelo a todos y los ha desorganizado y desorientado… Sólo hay que sumar estos dos datos, y la suma no puede fallar.

—Si yo fuese usted —añadió el primer Simón—, no me acercaría a Estocolmo.

—Pues tenemos que llegar allá —dijo Baby—. Yerkov ha de recoger algo en un hotel.

—Se puede intentar, pero le aseguro que es complicarse la vida. A propósito: ¿cuál de los dos es Yerkov?

George Foreman respingó fuertemente, y sus ojos parecieron a punto de salirse de las órbitas.

—¿Cómo que quién es Yerkov? —aulló—. ¡Pues él, naturalmente! ¿Tengo yo cara de…?

—Calma, primo —rió Brigitte—. Él es nuestro colega británico George Foreman, en efecto.

Los dos Simones le tendieron la mano, que Foreman aceptó refunfuñando, todavía sobresaltado. Luego, se quedaron mirando a Yuri Yerkov, que les contemplaba a su vez inexpresivamente.

—Le ha disfrazado usted bastante bien —murmuró uno de ellos, pero ni así me confiaría yo en Estocolmo. Por supuesto, usted manda, y sabemos que tiene recursos para todo, pero, mientras veníamos hacia aquí, nosotros hemos pensado en un posible plan de escape para usted… Desde luego, sin pasar por Estocolmo.

—¿Cuál es ese plan de escape? —se interesó Baby.

—Podemos disponer de una avioneta veloz, capaz de llevarla a París, para dentro de cinco o seis horas. Es decir, que serían aproximadamente las seis de la tarde. Sin embargo, lo conveniente sería despegar durante la noche. Como irían hacia el Sur, la noche se iría alargando, y prácticamente podrían viajar en oscuridad todo el tiempo. Manteniendo determinada altura, y sin utilizar las luces de situación, podrían salir de esto con toda tranquilidad.

—La idea no es mala —admitió Brigitte—. ¿Dónde despegaríamos?

—En Norköping.

—Pero si no pasamos por Estocolmo —refunfuñó Foreman—, ¿cómo vamos a recoger esos documentos? Usted me prometió una copia de ellos, y si… si no cumple su palabra…

—No se ponga impaciente ahora, Foreman —refunfuñó también Brigitte—. Estamos intentando resolverlo a gusto de todos, ¿no es así?

—Ya me dirá cómo demonios arregla usted esto.

La espía frunció el ceño, y permaneció silenciosa, reflexionando. Por fin, miró al sombrío Yuri Yerkov.

—¿Le conocen a usted mucho personalmente en ese hotel de Estocolmo? —preguntó.

—No creo… He estado en un par de ocasiones, pero espaciadas, y la última fue hace casi un año. Por supuesto, me tienen en sus listas de clientes, pero si la pregunta se refiere a si recuerdan mi rostro, lo dudo mucho.

—¿Conserva usted la falsa documentación sueca a nombre de Torsten Boholm?

—Claro. ¿Cómo me iban a entregar si no la carta que me envié a mí mismo a ese hotel?

—Por supuesto, por supuesto… Entréguemela.

Sin vacilar, Yuri Yerkov obedeció a la espía, que examinó brevemente la documentación, la mostró a los Simones, y cuando éstos la aprobaron, les hizo una seña y se alejó con ellos. Bajo la atenta mirada de George Foreman, que parecía no confiar ni en su propia mano derecha, y la indiferencia absoluta de Yuri Yerkov, Baby y los dos Simones estuvieron conversando durante unos minutos, sin que sus voces llegasen hasta los otros dos espías. Por fin, asintieron los tres y regresaron.

—¿Qué hotel es ese, Yerkov? —preguntó Baby.

—El «Palladium».

—Gracias —se volvió hacia los Simones—. Muy bien, queridos: háganlo. Nosotros…

—¡Un momento! —saltó Foreman—. ¿Qué es lo que tienen que hacer ellos?

—Yo creo que resulta obvio, primo —dijo Brigitte—: mis compañeros van a Estocolmo, uno de ellos utilizará la documentación de Torsten Boholm, y recogerá los documentos que Yerkov se ha enviado a sí mismo al hotel «Palladium».

—¡Esta es una sucia jugada impropia de usted, de su fama, su prestigio y todo eso que…!

—¿De qué demonios habla este tipo? —masculló un Simón.

—Él cree que ustedes se quedarán con los documentos —sonrió Baby—, y que no le vamos a permitir obtener una copia. Pero, señor Foreman, le aseguro que no es así: yo siempre cumplo mi palabra.

Foreman soltó un bufido, dispuesto a hacer un comentario poco agradable, pero el otro Simón le tocó rudamente en un hombro con un dedo.

—Oiga, ¿por qué no cierra de una vez esa bocaza de rana? Si Baby le ha prometido una cosa, usted tiene esa cosa tan segura como si la tuviese en sus manos. Y si continúa poniéndose pesado, me voy a dar el gusto de partirle la cara a un cretino del MI5. Se creen que siempre saben más que nadie, y…

—Calma, calma —rió Brigitte—. Vamos, vamos, estamos entre caballeros…, que no querrán dar un feo espectáculo ante una dama, ¿verdad? Así que, señor Foreman, tómese el asunto con filosofía y deje que trabaje el que está en mejores condiciones para hacerlo. En este caso, son mis compañeros, porque yo no puedo ir al hotel a decir que soy Torsten Boholm, ¿no le parece?

—Podría ir yo —dijo Foreman.

—Desde luego. Pero…, ¿ve lo que son las cosas?: ¡yo no me fío de usted ni así! —Juntó dos dedos—. En cambio, si sé que yo cumpliré mi promesa. Y no hay nada más que hablar.

—¡Pues yo digo que esto no me gusta, y no pienso permitir que usted…!

Ya no pudo decir nada más. La manita derecha de Baby cayó, en golpe seco, de lado, en la base de su rollizo cuello, y el agente

inglés se desplomó fulminado a sus pies con los ojos en blanco.

—Se lo estaba ganando —sonrieron los Simones.

—Pues ya lo ha conseguido —sonrió también la divina—. Hagan su trabajo, muchachos.

* * *

Hacia las siete de la tarde, la palidez de la agente Baby ya no podía ser mayor. Su bello rostro estaba lívido y crispado y sus miradas al relojito eran cada vez más frecuentes. Foreman permanecía sumido en hosco silencio y Yuri Yerkov, que miraba siempre fijamente como fascinado a la espía murmuró por fin:

—¿Por qué no los llama usted?

—No —negó ella—. No debo hacerlo.

—Supongo que su radio al zumbar podría ponerlos en una situación difícil, ¿no es eso?

—Sí. Son ellos los que tienen que llamar, según lo convenido… Pero están tardando demasiado. Algo les ha ocurrido, y la culpa sería mía por aceptar que ellos —lanzó de pronto una exclamación de alegría al oír el zumbido de su radio y admitió la llamada inmediatamente—. ¿Sí?

—Baby, imposible el encuentro en el mismo sitio de esta mañana —oyeron los tres la voz de Simón—. Hemos tenido que…

—Simón: ¿están bien? ¿Están bien los dos?

—Sí, sí, desde luego. Pero, en cuanto regresamos a Estocolmo se nos pusieron detrás unos colegas, y hemos tardado horas en despistarlos. Hemos tenido que dejar el coche, ir a pie a buscar ese sobre a nombre de Torsten Boholm y, para acudir al encuentro de usted, nos hemos complicado la vida…

—¿Qué ha ocurrido? —susurró Brigitte.

—Pues hemos tenido que robar una lancha. Lo siento, pero tal como estaban las cosas…

—¡Eso no tiene importancia! Lo que…

—Pregúnteles si tienen esos documentos —instó Foreman.

—Claro que los tienen —le miró irritada Brigitte—. Haga el favor de no molestar, Foreman. Simón, ¿van a venir hasta aquí, o voy yo al encuentro de ustedes? Espere… Estamos lejos de la costa, así que ustedes tendrían que recorrer demasiada distancia a pie.

Será mejor que nosotros vayamos hacia la costa con el coche. ¿Dónde le parece mejor que nos encontremos?

—Debe tener usted un mapa en el coche que le proporcionamos. Busque Nynashamn y vayan hacia allí. Dejen el coche en esa localidad y vayan a pie hacia el mar, siempre hacia el Sur, siempre cerca de la costa… Calculo que tardará media hora, o algo más en llegar a la altura de Nynashamn. Cuando llegue a un lugar de la costa discreto, llame por la radio. Nosotros estaremos esperando escondidos entre los islotes.

—De acuerdo —Baby vaciló—. Simón, tengan cuidado. Si los están siguiendo…

—Ya le he dicho que tardamos horas en despistarlos, pero lo hemos conseguido muy satisfactoriamente. No se preocupe por nosotros.

—De acuerdo… Salimos hacia Nynashamn ahora mismo.

—*Okay*.

Baby cerró la radio, suspiró y señaló hacia el coche.

—En marcha. Un poco más de suerte, y dentro de pocas horas podemos estar en París.

—¿Y por qué no en Londres? —Gruñó Foreman.

—Le diré por qué —sonrió la espía, que había recuperado su buen aspecto y su excelente humor—: porque a mí me gusta más París que Londres. Vámonos.

* * *

La lancha llegó hasta ellos y los dos Simones saltaron a tierra. Inmediatamente uno de ellos tendió un sobre a Brigitte, diciendo muy sonriente:

—Los documentos, y… la avioneta está esperando ya en el aeródromo de Norköping. Todo arreglado.

—Gracias, Simón. Han trabajado ustedes muy bien… Todos lo han hecho muy bien, absolutamente todos los que han intervenido en esto. Cada uno de ustedes recibirá con la próxima paga una gratificación de diez mil dólares. Es sólo dinero…, pero quizá les sirva para algo.

—¡Diez mil dólares! —Sacudió los dedos el otro Simón, sonriendo de oreja a oreja—. Bueno, les buscaremos alguna utilidad

a esos papelotes con números, pero… ¿cómo sabe usted lo de la gratificación? ¿Se lo dijeron en la Central antes de venir hacia aquí?

—No, no. Acabo de decidirlo ahora mismo.

—Bueno —los Simones se miraron, maliciosos—, nos gustaría saber quién se va a atrever a negar esa gratificación en la Central. Usted ha estado en Honolulú, claro.

—Claro —se sorprendió Brigitte.

—¿Le parece buen sitio para unas vacaciones?

—Un sitio magnífico. Pero, queridos, con diez mil dólares, todos los sitios son buenos —se echaron a reír los tres, y Brigitte señaló costa arriba—. Hemos dejado el coche en la salida de Nynashamn. Ustedes ya lo conocen, así que sólo tienen que llegar a él y regresar a Estocolmo. Las llaves —les entregó—. Felices vacaciones, queridos.

Los besó a los dos en las mejillas y saltó a la lancha. Yerkov y Foreman lo hicieron también, tomando los mandos el inglés.

—No se apresuren —recordó uno de los Simones—; es mejor que lleguen allí de noche. Sólo tiene que hacer una llamada con su radio, cortar, y volver a llamar, dejando que siga zumbando. Es la señal: le contestarán y le dirán dónde está exactamente la avioneta y cómo llegar hasta allí… ¡Suerte, Baby!

La divina espía les tiró un besito con la mano, y la lancha, a una mirada suya a Foreman, comenzó a alejarse de la costa. Brigitte estuvo mirando a los Simones hasta que un pequeño islote de los muchos por entre los que navegaban, los ocultó. Entonces, se sentó a popa, junto a Yerkov, y suspiró profundamente.

—Bien —dijo—. Parece que esto va a terminar, por fin.

—Y luego, ¿qué?

—¿Luego?

El ruso asintió con la cabeza.

—Ya tiene los documentos y está prácticamente camino de casa… ¿Qué más?

—Supongo —musitó ella— que se refiere a usted mismo, Yerkov. Me está preguntando qué pienso hacer con usted, ¿no?

—En efecto.

—Cuando salí de Estados Unidos, prometí matarle.

—Y usted siempre cumple lo que promete —sonrió él.

—Salvo si rompo esa promesa para mejorar algo.

—¿Cree que puede mejorar algo dejándome con vida?

—No.

—Entonces, piensa matarme.

—No —murmuró Brigitte—. Hicimos un trato. Usted es una bestia inmunda, Yerkov, pero un trato es un trato. En cuanto estemos a salvo definitivamente, lo dejaré marchar. Le daré dos días de tiempo. Luego, saldré detrás de usted; ahora ya le conozco, sé cómo es, y…

—Está equivocada —sonrió tristemente el ruso—: usted no conoce a Yuri Yerkov. Nadie le conoce, ni siquiera los demás agentes de la MVD lo han visto jamás… Nadie, nadie le conoce: ni siquiera yo mismo.

Baby le dirigió una fría mirada.

—¿Es alguna broma genial? —preguntó.

—No. Simplemente, yo no soy Yuri Yerkov.

A los mandos, George Foreman volvió la cabeza, miró al ruso, y soltó una risita. Brigitte entornó los ojos y estuvo unos segundos contemplándole en silencio.

—Vamos, Yerkov, vamos… No sea infantil.

—Quizá sea esa la palabra que mejor me defina. Usted cree que ahora estoy mintiendo para salvar la vida, ¿verdad?

—Yo diría que eso es obvio, Yerkov.

—No soy Yerkov. Mi nombre es Estanislas Barian… Ruso, desde luego. Y, ciertamente, agente de la MVD desde hace varios años.

Brigitte frunció el ceño, un tanto irritada.

—¿Qué espera usted conseguir con esta tontería? —refunfuñó.

—Le estoy diciendo la verdad. Le he dicho la verdad en todo momento, excepto en lo de mi nombre.

—Si eso es cierto, usted está loco… ¿A quién se le ocurre utilizar el nombre de Yuri Yerkov, sabiendo que todos los espías del mundo están deseando matarle?

—Descabellado, ¿verdad? —sonrió de nuevo el ruso—. Pero era el único medio de interesarla a usted. Supongamos que el hombre acorralado en el Báltico hubiese sido un tal Estanislas Barian… ¿Habría venido usted a por mí?

—No —negó Brigitte—. Desde luego que no. Pero todos los informes, las…

—Espere. Déjeme hablar a mí ahora. Déjeme decírselo todo.

Luego, usted hace lo que mejor le parezca. Escuche… Mi nombre es Estanislas Barian, agente de la MVD en activo desde hace más de siete años. Me he ido perfeccionando tanto, que, últimamente, mis jefes decidieron que estaba… a punto para ocupar un puesto… más importante. ¿Sabe usted cuál?: en la misma Sección que Yuri Yerkov, el asesino al que ni nosotros mismos queremos. Pero es útil, sin lugar a dudas, y, en las al tas esferas de nuestro espionaje está estimado adecuadamente por sus… servicios. Me dijeron que tenía que ir a Estados Unidos para asesinar a tres americanos, como primer paso para mi ingreso en la Sección de Yuri Yerkov. Ya le expliqué esto, ¿recuerda? Esos tres hombres eran los americanos que se habían negado a aceptar las nuevas directrices nuestras respecto a su participación en nuestros servicios. Y, como no querían seguir adelante, y sabían demasiadas cosas, la MVD los condenó a muerte… ¿Le parece horrible?

—Relativamente —murmuró Brigitte—. Por mi parte, lamento haber impedido que esos tres traidores y los otros cuatro, sean… ejecutados. ¿Horrible? Quizá. Pero la CIA no es mejor que la MVD, lo sé muy bien. También nosotros tenemos nuestros asesinos.

—¿Usted, por ejemplo?

—Por ejemplo.

—No —sonrió el ruso—. Usted mata, pero no es una asesina en el exacto sentido de la palabra. Usted… ejecuta, realmente. Yuri Yerkov, y los de su Sección, no. Pero especialmente, Yuri Yerkov. Su ansia de matar es absolutamente horrenda Mata porque sí, sin más complicaciones ni problemas psicológicos, morales, o de cualquier otro tipo. Le gusta acuchillar, disparar, estrangular… Lo que sea. Yo no. Cuando me dijeron que tenía que asesinar fríamente a tres hombres, no me gustó. Les dije que prefería seguir trabajando como hasta entonces, en mi Sección Internacional, usando la cabeza, no la pistola… Me negué a participar en esos asesinatos. Y no les gustó… No les gustó nada. Comprendí que estaban preparando algo contra mí, así que me adelanté a sus propósitos: como todavía, en apariencia, estaba en buenas relaciones con mis jefes, pude llegar hasta los archivos de Planificación, donde tomé las microfotos que contiene ese sobre que le han entregado. Las envié a Estocolmo, y antes de que se decidieran a… eliminarme o confinarme en algún puesto especial que acabaría conmigo, me fui de Moscú. Por medio

de un amigo que nada sabe de mis actividades, y que vive en Leningrado, conseguí la barca, y lo demás me lo procuré yo mismo. Pero se dieron cuenta de mi marcha, se lo olieron antes de lo que esperaba. Y sabían que yo llevaba esos documentos o algo parecido, algo con lo cual pensaba comprar mi permanencia en Estados Unidos o en Inglaterra o Francia… Lo lógico sería que cualquier servicio secreto aceptase tratar conmigo y apoyarme relativamente a cambio de todo cuanto yo pudiese entregar. Entonces idearon lo de Yuri Yerkov; hicieron miles de copias de mi fotografía de archivo y las distribuyeron por toda Europa, deslizando la información de que el hombre de la fotografía era Yuri Yerkov. De este modo, se aseguraban de que todos los espías del continente me iban a buscar… para matarme sin darme tiempo a decir ni una palabra… Y naturalmente, se guardaron muy bien de deslizar la información de que yo tenía algo importante que vender…

—La CIA lo supo.

—Lo sé —sonrió Yerkov—. Yo envié la nota al agente polaco informándole. Le conozco hace tiempo, sé que es un agente triple que…

—Doble, no triple.

—Triple —rió alegremente el ruso—. El trabaja no sólo para Polonia y Estados Unidos, sino también para Rusia.

—Nunca me gustaron los agentes dobles —sonrió Baby—. Y menos, los triples. Pero, siga con su cuento, por favor.

—Temo que no me está creyendo una sola palabra, pero no pienso dejar de explicárselo todo. Bien… Me aseguré de que la información llegaba al agente triple, y seguí hacia Leningrado, donde comenzaron mis tribulaciones realmente. Ya le conté todo eso… Al fin, supe que la MVD había realizado la gran jugada de decir que Yuri Yerkov había caído en desgracia, que había escapado de Rusia, y con el pretexto de facilitar por fin información a todos los agentes de la MVD sobre las características físicas de Yuri Yerkov, para que le buscasen y le matasen, facilitaron mi fotografía a todos los agentes de Europa. ¿Habría ganado yo algo presentándome, por ejemplo, a Foreman —le señaló— diciéndole que no era Yuri Yerkov? No me habría dejado ni hablar. Entonces, una vez más, pensé en usted…

—¿Una vez más?

—Sí, una vez más. Mi objetivo, desde el primer momento en que me ordenaron el ingreso en la Sección de Yerkov, fue escapar de Rusia. No quería ser un asesino. Pero, tenía ciertas dudas. ¿Era razonable asesinar sólo porque a uno se lo ordenaban? Y, como le he dicho, una vez más pensé en usted: se lo preguntaré a Baby, me dije…

—¿Pretende tomarme el pelo, Yerkov?

—No. Sé que va a entenderme pronto… Fíjese bien: desde que aprendí a ser espía, desde que comencé a oír hablar de usted, me di cuenta de que su línea profesional era la única que podría ser aceptada por mí. Yo no soy un espía por placer de matar, sino porque considero que mi labor en ese campo era útil. Corríjame si me equivoco: ¿acaso no piensa usted que la labor básica de un espía es evitar conflictos, en lugar de provocarlos?

—¡Desde luego!

—Entonces…, ¿por qué se sorprende de que yo quisiera hablar, cambiar impresiones, pedir ayuda al agente secreto cuya línea de conducta era la que yo siempre había deseado seguir? ¿Acaso le sorprende realmente que yo haya recurrido a un adversario (no a un enemigo) para pedirle ayuda?

—Yerkov, si no le entiendo mal, usted me está diciendo que antes de convertirse en un asesino prefirió hablar nada menos que conmigo y pedirme ayuda, porque los suyos le iban a asesinar.

—Sí. Por eso, cuando dijeron que, yo era Yuri Yerkov, casi me alegré, ya que ello significaba que se me daría mucha importancia. Si yo le hubiese enviado el mensaje a su Simón, firmando con el nombre de Estanislas Barian, usted no habría venido. En cambio, el nombre de Yuri Yerkov la atrajo. Y estamos juntos. Y usted sabe que la MVD no descansará hasta asesinarme… Sin embargo, lo único que me preocupa es conocer su respuesta: ¿he hecho bien o he hecho mal? ¿Va usted a ayudarme? No quiero ser un asesino: quiero ser un agente secreto que evita conflictos, quiero seguir trabajando, saber que alguna vez puedo evitar tensiones políticas y quizá, con un poco de suerte, hasta evitar una de esas absurdas guerras… Baby, quiero seguir siendo espía, pero como usted y yo lo entendemos… ¿Puedo contar con su ayuda?

Baby Montfort consiguió salir de su estupefacción.

—Todo lo que usted ha dicho es muy hermoso —susurró—. Y si

fuese cierto, usted contaría siempre con mi ayuda. No sólo con mi ayuda, sino con mi más profundo afecto personal…

—No puede creerme, ¿verdad?

—No —suspiró Brigitte—. Lo siento, pero no.

—Pues debería creerle —dijo George Foreman, parando el motor de la lancha y volviéndose, pistola en mano—. Debería creer al camarada Estanislas, porque le ha dicho toda la verdad.

Baby y Barian se quedaron mirando al gordito agente británico, que los contemplaba con escalofriante sorna. La lancha seguía su marcha, cada vez más lentamente, resbalando en silencio sobre las tersas aguas, entre los islotes…

—Me parece —rió Foreman— que los dos se han quedado mudos de sorpresa. ¿O será de miedo? Me gusta ver el miedo en los ojos de quienes voy a matar. Me encanta… Es emocionante, es… como si mi vitalidad aumentase a medida que la de ellos decrece. ¿Por qué tanto horror ante la muerte? Para mí, es el más excitante espectáculo del mundo, de la vida… ¿No está de acuerdo, Baby? ¿No es la muerte el más excitante espectáculo de la vida?

—No —negó Brigitte—. Es el más triste, Yuri Yerkov.

—Ah… Por fin lo ha comprendido, según parece. Sí; yo soy el verdadero, el único Yuri Yerkov. Y no me diga que ya había empezado a sospechar algo parecido.

—No… No lo digo. Por primera vez en mi vida, he encontrado a un espía mejor preparado que yo en actuación personal, en idiomas, en astucia… Mi admiración por todo ello, Yerkov: ha conseguido engañar completamente a Baby.

—En un enfrentamiento entre nosotros, las cosas sólo podían terminar así. Deme ese sobre… Y mucho cuidadito con mover la mano hacia esa pistolita tan pintoresca que tiene usted. Muchas gracias —Foreman se guardó el sobre—. Y ahora, vamos a gozar un poco con la muerte… A ti, camarada Barian, te tiraré al mar en cuanto te haya matado. ¿Para qué queremos tu cadáver? Pero a Baby, que vale quince millones de rublos me la llevaré hacia Leningrado…, muerta, desde luego. A los enemigos de su categoría, no hay que concederles la menor oportunidad.

—Yo no necesito esa oportunidad, Yerkov: me basta con mi suerte. Muchas veces me he preguntado por qué tengo yo siempre tanta suerte… Supongo que la respuesta sólo puede ser una: me la

merezco. Al menos, más que usted.

—¿Realmente cree que tiene suerte? ¿Incluso ahora?

—Para ser sincera, precisamente en esta ocasión ha sido en la que más suerte he tenido en toda mi vida.

—Me parece que se ha vuelto usted loca. O quizá cree que no voy a disparar contra usted… ¿Es eso?

—No tengo la menor duda de que el «Agente Negro» está dispuesto a gozar una vez más con la muerte. Pero no será a mí a quien mate. Y ya, nunca, a nadie más. Yo le voy a matar a usted.

George Foreman entornó los ojos. Asombrosamente, ya no parecía un infeliz metido a espía, sino un personaje torvo, siniestro y cruel, implacable. De pronto, adelantó más la mano armada con su automática y apretó el gatillo.

Clic.

La mirada de Yuri Yerkov, súbitamente alarmada, bajó hacia la pistola y volvió a apretar el gatillo, siempre apuntando a Baby Montfort, que le contemplaba fijamente, fríamente.

Clic.

Clic, clic, clic…

Yuri Yerkov quedó lívido como un cadáver. Sus ojos, ahora desorbitados, estaban fijos en aquéllos tan azules, tan hermosos siempre…, menos cuando tenían la expresión de aquel momento, como si fuesen dos trozos de hielo.

Los sonrosados labios se movieron. La voz fue como un sonido impersonal, lejano, ajeno a lo que allí estaba sucediendo.

—Se lo explicaré, Yerkov: después de golpearle cuando se puso tan pesado antes, le quité la pistola y estropeé su cargador: las balas no suben, no pueden ser detonadas Me pareció que debía hacerlo para evitar que usted, en un acceso de ira, intentase matar a nuestro colega Estanislas Barian. No quería complicaciones, y no podía saber que usted no dispararía contra nadie hasta que tuviésemos los documentos. Suerte. ¿Será tan amable de devolverme ese sobre, Yerkov?

La pistolita apareció en la mano de Baby, firme como soldada a una pieza de acero. Yuri Yerkov se pasó la lengua por los labios, dejó caer la pistola y su cabeza se abatió. Estanislas Barian le contemplaba atentamente, con la expresión de quien no puede creer la realidad.

—También puedo recoger el sobre de su cadáver —dijo la divina espía, ante el silencio y la inmovilidad de Yerkov—. La sangre se lava con agua. Y aquí, a nuestro alrededor, hay mucha.

Yerkov asintió con un gesto y llevó la mano derecha al bolsillo donde se había guardado el sobre, dando un par de pasos hacia Baby… De pronto, lanzó un feroz aullido y se lanzó contra ésta, esgrimiendo el agudo estilete que se deslizó por su manga izquierda hasta la mano al mover el brazo. Baby retrocedió, sobresaltada, y al mismo tiempo, interponiéndose entre ella y Yerkov de modo que la retuvo de disparar, saltó Estanislas Barian, enfrentándose con pésima fortuna al más grande espía-asesino que habían conocido…

Ni siquiera consiguió golpearle. Con una habilidad escalofriante, Yerkov, esquivó el ataque de Barian y, simultáneamente, hundía en el pecho de éste la aguda hoja de acero. Estanislas Barian lanzo un chillido y cayó a peso contra Yerkov que lo ladeó furiosamente, arrancó el estilete y se revolvió contra Baby.

Plof, chascó la pistolita de ésta.

Yuri Yerkov se estremeció. Quedó de pie, como súbitamente petrificado, pasmosamente en equilibrio sobre la lancha, que, ya completamente parada, se movía al compás del suavísimo oleaje… De pronto, sus ojos se torcieron, como contemplando el pequeño agujerito aparecido en su frente, y cayó de bruces sobre la pequeña cubierta, retorcido grotescamente.

Brigitte se abalanzó hacia Estanislas Barian, le dio la vuelta y lo colocó en su regazo, contra su pecho… Le quitó la roja peluca estrafalaria, y notó un nudo en la garganta cuando los claros ojos de Barian, vidriosos, se fijaron en los de ella.

—Al mar —jadeó el ruso—. Tíreme… al… mar…

—Calle… Calle, Estanislas. No hable.

—Al mar… Qui-qui-quiero ir al… al mar… No deje… que me… que me… pongan… la mano encima… No deje que…

—No va a morir —mintió la espía; y siguió mintiendo—. He pedido ayuda por la radio, y nos lo llevaremos de aquí. No se preocupe, Estanislas, todo terminará bien.

—Al mar… Al… a-a-l… al mar…

—Cálmese. Descanse. No se mueva… Aquí, quieto, en mi pecho… Esperaremos. Pronto podremos ver el sol de medianoche, y luego nos iremos en esa avioneta. Ya falta poco. Muy poco,

Estanislas.

El ruso sonrió y ya no dijo nada más. Sus ojos estaban fijos en los más bellos y azules del mundo, ahora expresando una dulzura absoluta. Unas gotitas de sudor frío aparecieron en la frente de Barian, y Baby pasó la mano por ella, tiernamente, dulcemente. Lo sensato era dejar a Estanislas Barian tirado en cubierta y poner la lancha en marcha, navegar hacia su destino, hacia la avioneta que la recogería. Eso era lo sensato. Pero lo sensato no es siempre lo mejor o, al menos, lo más bueno. Y desde luego, no es siempre lo más humano. Brigitte Montfort tenía en sus brazos a un espía que estaba muriendo, y no sería ella quien lo dejase entonces tirado de cara al cielo que lentamente se iba tornando rojizo…

Llegó el sol de medianoche.

Pero para entonces, Estanislas Barian había muerto ya. No pudo verlo por última vez, cegador, como una bola roja convirtiendo las aguas en una hoguera líquida, asombrosa. Para entonces, Estanislas Barian tenía atado el anclote a los pies, y Baby lo estaba pasando por encima de la borda. Al mar. El cuerpo de Estanislas Barian se hundió, con leve chapoteo, que alzó gotas y espuma de color rojo y morado. Se hundió para siempre, en el Báltico.

Luego, Baby le quitó el sobre a Yuri Yerkov, lo abrió y echó un vistazo a su contenido, que, finalmente, guardó en su maletín. Luego, en un pedazo de aquel mismo sobre, escribió:

Descansad en paz, espías:

YURI YERKOV

ha muerto.

Con el estilete, clavó la nota en el pecho de Yuri Yerkov, y fue a poner la lancha en marcha. Cuando iba hacia la avioneta dos lágrimas rojas, reflejaron el sol de medianoche en las mejillas de la agente Baby.

Este es el final

Charles Alan Pitzer se pasó la lengua por los labios y musitó:

—No se preocupe, trataremos bien a todos los agentes rusos de esta lista. Es decir, lo bien que ellos se merezcan, uno por uno. Serán expulsados del país.

—Es la ley del juego —susurró Brigitte Montfort.

—Ha sido un buen trabajo… Muy bueno, Brigitte.

—No lo será hasta que detengan y juzguen a esos traidores de la Agencia Nacional de Seguridad. Ésos son los que importan.

—Están acabados —aseguró Pitzer—. ¿Sabe que la lancha que usted envió mar adentro con el cadáver de Yuri Yerkov fue encontrada por los franceses? La sorpresa ha sido general en toda Europa, pero ya sabían que Baby andaba en el juego, y aunque nadie, excepto los rusos, comprende lo que ha ocurrido exactamente, el asunto ha sido dado por bueno y saldado. Querida mía, tiene usted un gran crédito entre los espías.

—Demasiado.

—¿Demasiado? —se sorprendió Pitzer.

—Si no hubiese tenido tanto prestigio, Estanislas Barian no habría recurrido a mí… y quizá todavía estaría vivo.

—No estoy de acuerdo con usted —negó Pitzer—. Lo habrían encontrado, no le habrían creído una sola palabra y le habrían hecho pedazos. Dentro de lo que cabe, ha tenido suerte.

Brigitte Montfort dirigió una mirada a Pitzer, pero éste se dio cuenta de que ella, realmente, no le veía, sino que parecía mirar a través de él. Estaba muy hermosa, como siempre… Como si nada hubiese ocurrido, como si nada ocurriese nunca. Al menos, exteriormente. Pero Pitzer sabía que dentro algo se iba rompiendo cada día en la espía. No podía saber lo que ella estaba pensando en aquellos momentos, pero lo supo cuando la espía más peligrosa… y afortunada del mundo susurró, como si la conversación no hubiera

quedado en suspenso hacía unos segundos:

—Sí… Ha tenido mucha suerte… Al menos, podrá contemplar el sol de medianoche. Aunque él no lo necesitaba para ser mejor. Ya lo era… Con sol de medianoche o sin sol de medianoche.

FIN

Notas

[1] Véase *El Tiburón rojo*, otra aventura de Baby, publicada en esta colección. <<

[2] Véase *En Venecia se muere dulcemente*, publicado en esta colección. <<